
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL FANTASMA Y MISS PITT
CLARK CARRADOS

Canturreaba entre dientes una vieja melodía, porque se sentía muy contento. La vida se abría ante él con espléndidas perspectivas y, aunque ya había pasado de los cincuenta años, tenía una salud de hierro y no le faltaba ningún diente. Lo único que velaba un tanto su júbilo era el pensamiento de lo que le podría pasar a *miss* Pitt cuando todo hubiese terminado, pero, al fin de cuentas, se dijo, ¿qué importaba ya aquella vieja que tenía un pie en la tumba?



Clark Carrados

El fantasma y miss Pitt

Bolsilibros: Selección Terror - 488

ePub r1.0

Titivillus 04.07.2019

Clark Carrados, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Canturreaba entre dientes una vieja melodía, porque se sentía muy contento. La vida se abría ante él con espléndidas perspectivas y, aunque ya había pasado de los cincuenta años, tenía una salud de hierro y no le faltaba ningún diente. Lo único que velaba un tanto su júbilo era el pensamiento de lo que le podría pasar a *miss* Pitt cuando todo hubiese terminado, pero, al fin de cuentas, se dijo, ¿qué importaba ya aquella vieja que tenía un pie en la tumba?

¿Para qué quería Arabella Pitt ciertos bienes materiales que no podría llevarse consigo al otro mundo? «Que los aprovechen los vivos, sí, señor», pensó Henry Robinson, mientras acompañaba el ritmo de la canción con el tamborileo de los dedos sobre el volante de su coche.

La carretera era angosta, pero se hallaba en buenas condiciones. Abundaba la vegetación a ambos lados del camino y se divisaban numerosos árboles añosos, que ya habían alcanzado su pleno desarrollo cuándo él no había nacido siquiera.

Por si fuese poco, lucía un sol radiante y la primavera se inundaba espléndida, aun en aquel rincón de Inglaterra, donde contemplar el cielo despejado era casi tan raro como ver un esquimal cazando focas en una playa del mediterráneo. Sí, la vida era estupenda.

El coche acometió de pronto una curva no demasiado ceñida, a la que seguía una larga recta. De pronto, Robinson oyó una voz:

—Sigue usted la ruta equivocada.

El hombre se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo dice?

—Digo que sigue el camino equivocado.

Robinson se volvió un instante. No había nadie en el asiento

posterior. Por un momento, había pensado en un posible polizón, pero desechó la idea al comprobar que, efectivamente, viajaba solo en el coche.

—No quiere hacerme caso —sonó la voz de nuevo—. Ese camino está equivocado.

Robinson parpadeó varias veces. Había dormido perfectamente, ocho horas de un tirón, la digestión se había desarrollado sin inconvenientes y sólo había tomado una modesta jarra de cerveza. Por tanto, no cabía achacar aquel fenómeno a disturbios orgánicos, que no sentía en absoluto.

A lo mejor, pensó, el tipo estaba en el techo del automóvil, y no podía verlo.

—Perdone, amigo, pero hace muchos arios que viajo por esta carretera y conozco cada detalle de su trazado…

—Si sigue el camino de la derecha, llegará mucho antes al final de su viaje.

Enormemente sobresaltado, Robinson vio ante él una desviación de la carretera. Jamás la había contemplado antes, pero le pareció que, efectivamente, acortaría el viaje de manera considerable.

La curva del desvío era muy suave y no tuvo necesidad de reducir la velocidad, que en aquellos momentos alcanzaba ya los noventa kilómetros por hora. Entonces, la nueva carretera desapareció y se encontró frente a un roble cuyo tronco no medía menos de un metro de diámetro.

En una fracción de segundo comprendió el significado de la última frase. Sí, había llegado mucho antes al final de su viaje… por la vida.

Perdió el sentido después del choque. Mucho más tarde lo recobró, en medio de horribles dolores. Vagamente se dio cuenta de que estaba aprisionado por los restos del coche y que no podría salir. Tenía el pecho hundido y notaba que la sangre le corría por el mentón.

A través de una niebla rojiza divisó varios rostros que le contemplaban con morbosa curiosidad. Quiso pedir ayuda, pero las palabras no podían salir a través de una garganta gravemente lesionada.

En cambio, sí podía oír los comentarios que hacían los espectadores de su drama.

—No, si es que van como locos…

—Yo no lo comprendo. En este lugar, donde un niño de teta podría conducir un coche, salirse de la carretera es incomprensible.

—Estaría borracho.

—Deberíamos hacer algo por él, ¿no les parece?

—Ya lo intenté yo antes, pero no pude sacarle. Tiene medio cuerpo aprisionado por los restos del coche. Habrá que aguardar a los bomberos, para que vengan a cortar los metales con sopletes…

—¿Alguno de ustedes lo conoce?

—Claro que sí. Es Henry Robinson, el colono de Orpington Lodge.

—Pobre hombre. Su viuda…

—No estaba casado.

—Tenía que ir disparado para llegar a un estado semejante…

Las voces empezaron a alejarse y los rostros se difuminaron gradualmente, detrás de un velo de niebla que se hacía más oscuro por momentos. En el último instante de su vida, Robinson se preguntó quién le había hecho ver un camino que no existía.

¿Algún amigo de *miss* Pitt?

Pero nadie podía aclararle aquel enigma, Dejó de respirar y se quedó quieto para siempre.

* * *

El hombre era alto, fornido, ancho de hombros, de pelo negro y semblante agradable, a pesar de que no poseía los rasgos de un dios pagano. Estaba en pie y soportaba estoicamente el escrutinio que hacía de él Arabella Pitt, a través de los impertinentes con montura de oro y mango de marfil, que sostenía con la arrugada mano derecha.

Miss Pitt parecía muy anciana, aunque, sorprendentemente, se advertía en ella una vitalidad poco común en las personas de su edad. El pelo, completamente canoso, parecía hecho de hilos de nieve y los ojos, azules como lagos de montaña, no habían perdido apenas el brillo de la juventud.

El vestido era negro, con cuello y puños blancos de valiosos encajes de Bruselas. Pendiente de una cinta de seda amarilla, llevaba un valioso camafeo de marfil, con montura de oro y piedras

preciosas. En el marfil, el artista había tallado dos cabezas juntas, hombre y mujer, en claro símbolo de enamoramiento.

En la mano izquierda llevaba un valioso anillo, con un rubí del tamaño de un garbanzo. Los lóbulos de las orejas estaban adornados con unos pequeños pendientes de perlas. El conjunto resultaba agradable, aunque la mirada de *miss* Pitt, en ocasiones, resultaba incómoda.

—Así que usted es el nuevo mayordomo que me ha enviado la agencia —dijo ella, tras un largo período de silencio.

—Sí, señora, yo soy —contestó el hombre.

Arabella tenía unos papeles al lado y tomó uno de ellos.

—Según los informes, usted se llama Austin Barnes y tiene veintinueve años de edad. ¿No le parece que es demasiado joven para desempeñar este puesto?

—Dentro de dos meses cumpliré los treinta años, señora —sonrió Barnes.

—¡Hum! ¡Hum! —dijo ella—. A pesar de todo… —Tiró el papel sobre la mesa—. Todos los mayordomos que yo he conocido eran siempre viejos o, por lo menos, de edad madura.

—Los mayordomos ancianos o, por lo menos, de edad madura, fueron jóvenes en algún tiempo, señora.

—No es mala respuesta —convino Arabella. Volvió la cabeza un poco—. ¿Qué, lo admitimos, Francis?

Barnes contuvo un respingo. ¿A quién se había dirigido *miss* Pitt, si estaban los dos solos en el gran salón de la casa?

Ella se puso una mano en la oreja, como si quisiera oír mejor.

—Habla más alto, que no te oigo, Francis… Ah, te parece bien, ¿verdad? Al menos, no le falta buena planta y si sabe comportarse como debe hacerlo un mayordomo… ¿Que estás seguro de que lo hará bien? De acuerdo. No se hable más.

Arabella se volvió hacia el joven.

—Queda usted admitido. A partir de ahora, le llamaré por su nombre, si no tiene inconveniente, Austin.

—Será un placer, señora —se inclinó Barnes.

—A Francis le ha gustado usted mucho y yo sólo deseo complacer a Francis. Bien, puede retirarse, Austin. Vaya a la cocina y empiece a ponerse al corriente de, todo. Otra cosa, la cena a las siete y media y con dos cubiertos.

—Sí, señora.

—A propósito, supongo que tendrá usted la indumentaria apropiada a su cargo.

—La tengo, señora. Lo primero que haré será mudarme de ropa…

Arabella agitó una mano.

—Eso es todo, Austin.

Barnes hizo una profunda inclinación. Cuando ya se disponía a salir, *miss* Pitt pronunció de nuevo su nombre.

El joven se volvió.

—Señora…

—Olvidaba decirle una cosa. También he contratado una nueva doncella. Seguramente, llegará hoy. Haga el favor de examinarla y darme su opinión antes de admitirla definitivamente.

—Sí, señora, así lo haré.

* * *

Tina Jackson, la rolliza cocinera, se puso un índice en la sien y lo movió varias veces como si quisiera barrenarse el cráneo.

—La pobre señora no está bien del coco —dijo—. Pero es muy buena y, aunque tiene sus cosillas, aquí se vive estupendamente.

—Hablaba con un tal Francis —observó Barnes, que ya se había presentado a la cocinera—. Pero no había nadie con ella…

—Es su novio. Murió hace la friolera de sesenta años, en la víspera de la boda. *Miss* Pitt ya no volvió a enamorarse de otro hombre y se quedó soltera para siempre.

—Y ahora cree que lo tiene a su lado…

—Pobre mujer —suspiró Tina—. Ya no vivirá mucho. Un año, dos todo lo más. Entonces, ¿por qué no dejarla que termine en paz su existencia?

—Diríase que alguien quiere darle un disgusto, ¿no es así?

Una mujer entró de pronto en la cocina. Era joven, de formas opulentas y cabello rabiosamente amarillo. Con gesto displicente, empezó a quitarse los guantes que llevaba puestos.

—Llegas tarde, Lulú —dijo la cocinera.

—Tenía el día libre —se defendió la otra—. Y aún no se ha hecho de noche… Eh, ¿quién es este buen mozo? —exclamó de

repente.

—Lulú, te presento al señor Austin Barnes, el nuevo mayordomo. Señor Barnes, ésta es Lulú Ealen, la doncella.

—¿Cómo está? —saludó Barnes cortésmente.

—Sin respiración —dijo Lulú—. Esto es un mayordomo y no los que nos servían la sopa en mi casa, cuando yo era pequeña…

—Señorita, modere su lenguaje —dijo Barnes con severidad—. Esta es una casa seria y, sin ofender a sus padres, es preciso mantener en ella el tono de respeto y dignidad que se merece la propietaria. ¿Me ha comprendido?

Lulú se quedó cortada. Tina soltó una risita.

—Ha llegado quien te va a meter en cintura —dijo la segunda.

—Usted cállese…

Barnes hizo un leve gesto con el índice.

Recoja sus cosas y vaya a cambiarse de ropa. Póngase el uniforme apropiado y recuerde que la mesa debe estar dispuesta a las siete y media. Con dos cubiertos.

—¡Pero si nadie cena nunca con la señora! —protestó Lulú.

—Ella lo ordena y eso, para usted, debe ser más que suficiente.

—Está bien, está bien… Vine a parar a una casa de orates, pero, a fin de cuentas, el sueldo es bueno…

—Dejará usted de cobrarlo, si no sabe comportarse como es debido —cortó Barnes.

Lulú se volvió hacia la cocinera.

—¿Qué es esto: un mayordomo o un dictador?

—Hijita, en tu lugar, yo andaría con pies de plomo… si no quieres que te salgan alas y vueles muy lejos de Hookey Cottage —respondió Tina gráficamente.

Lulú se volvió hacia el joven y vio en su rostro que no podía esperar compasión si cometía un desliz. De pronto, se sintió muy impresionada y suavizó su expresión.

—Sí, señor, me comportaré como es debido —dijo humildemente.

—Así está mejor —sonrió Barnes.

—Es buena chica aunque un poco desenvuelta —comentó Tina, cuando la doncella se hubo marchado—. Claro que es cosa de la educación actual; no se les enseña a respetar a los mayores y de ahí vienen todos los males que nos afligen hoy día.

—Muy cierto, señora Jackson —admitió Barnes.

Y, en aquel momento, sonó el timbre de la puerta.

—Ahí está la nueva doncella, seguro —dijo Tina.

CAPÍTULO II

La nueva doncella era una muchacha de poco más de veinte años, de buena estatura, delgada y de rostro gracioso y atractivo, a lo que contribuían algunas pecas en sus tersas mejillas. Llevaba un sombrerito redondo de fieltro, debajo del cual se escapaban algunos rizos de un color castaño dorado. Vestía un abrigo ligero, de entretiempo, prenda que no impedía suponer una figura de contornos llenos de encanto juvenil. Los zapatos eran de medio tacón y, con las manos enguantadas sostenía una pequeña maleta de cuero artificial, barata, pero bien cuidada.

La muchacha entró con cierta medrosidad en la vasta cocina. Sonreía suavemente.

—Me llamo Joyce St. Swithin —se presentó—. He sido contratada como sirvienta…

—¿Trae usted referencias? —preguntó Barnes.

—Sí, señor.

Joyce se descargó de la maleta y abrió el bolso que también traía consigo. Barnes hojeó los papeles que ella le había entregado y luego se los devolvió.

—Soy Austin Barnes, mayordomo. Le presento a la señora Jackson, cocinera. Falta la otra doncella, Lulú, que está cambiándose de ropa.

—Encantada —dijo Joyce—. Supongo que ahora habré de presentarme ante la dueña de la casa…

—Yo le informaré —dijo Barnes—. Sin embargo, antes querría conocer la opinión de la señora Jackson.

—Agradable —dijo la cocinera escuetamente—. ¿Son buenos los informes, señor Barnes?

—Inmejorables, señora Jackson.

—Entonces, creo que debería dar un informe favorable —dijo Tina.

—Muchas gracias, señora —dijo Joyce.

—Iré a hablar ahora mismo con *miss* Pitt —manifestó el joven —. Una cosa, Joyce. Si es admitida, como así espero, debe tener muy en cuenta que no deberá asombrarse por nada de lo que suceda en esta casa. Y, por supuesto, deberá abstenerse de cualquier comentario con respecto a la dueña, *miss* Pitt. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Barnes se volvió hacia la cocinera.

—Aún no me he impuesto bien de la casa —declaró—. Supongo que en alguna parte debe haber uniformes para el servicio. Yo he traído mi propia ropa y no necesito nada, pero esta señorita deberá ponerse las prendas adecuadas, apenas tenga el consentimiento de la señora.

—Hay un armario ropero al otro lado de la despensa —contestó Tina.

—Muy bien, aguarde aquí, señorita.

Lulú entró en aquel momento y vio a la recién llegada.

—Hola, camarada —saludó desenvueltamente—. ¿Cómo te llamas?

—St. Swithin, Joyce St. Swithin…

—¡Caramba, eso parece de sangre azul! —exclamó Lulú sin poder contenerse.

—No somos nobles en mi casa —contestó Joyce.

La voz del mayordomo sonó tensa, enérgica:

—¡Lulú!

La doncella se encogió.

—Sí, señor. Perdóneme, señor…

—Su porvenir en esta casa se oscurecerá, si no sabe observar un comportamiento irreprochable —dijo Barnes con sequedad.

Y salió de la cocina, para regresar un cuarto de hora más tarde.

—Queda admitida, Joyce.

—Gracias, señor Barnes.

—Señora Jackson, usted le enseñará su habitación y le proporcionará la ropa adecuada.

—Desde luego —accedió la cocinera.

—Joyce, hoy servirá la cena bajo mi supervisión. Quiero

comprobar que no me he equivocado al informar favorablemente sobre usted.

—No le daré motivos de queja, señor Barnes —contestó Joyce.

—Así lo espero —dijo el joven majestuosamente.

* * *

Miss Pitt comía menos que un pájaro inapetente, pensó Barnes, mientras ataviado con frac, aunque con lazo negro, observaba atentamente los menores movimientos de la nueva doncella.

Joyce actuaba con desenvoltura, evidentemente habituada a aquel trabajo. Pero, observó Barnes, era una desenvoltura cortés, atenta, llena de eficiencia y sin el menor desparpajo ni irrespetuosidad, como, seguramente, habría sucedido de ser Lulú la encargada de servir la mesa. Tomaría buena cuenta del detalle, se propuso.

—La sopa está deliciosa, ¿no es así, Francis? —dijo *miss* Pitt al terminar el primer plato—. Felicite en mi nombre a Tina, Austin.

Barnes se inclinó.

—Lo haré como usted manda, señora.

Joyce se sobresaltó ligeramente. Barnes le dirigió una severa mirada, a la vez que levantaba el mentón. Ella se puso colorada.

Al terminar la cena, Arabella dijo:

—Austin, a Francis le agrada una copita de coñac y un cigarro. Sírvaselos, ¿quiere?

—Sí, señora.

Con toda seriedad, Barnes eligió un cigarro de una caja que había en una consola. Luego puso dos dedos de coñac en una gran copa globular y lo llevó todo a la mesa.

—Una cena deliciosa, Francis, si me permites el comentario —dijo Arabella—. La nueva doncella se desenvuelve a la perfección y el mayordomo es una joya, a pesar de su juventud. Cuando tenga unos años más, lo contratarán en Buckingham Palace. Claro que para entonces, Carlos ya será rey, como es de suponer.

Joyce se había marchado. Barnes aguardaba en pie, cerca de la mesa, mientras Arabella mantenía un animado soliloquio con su invisible compañero de mesa. Al cabo de unos momentos, la anciana se volvió hacia Barnes.

—Austin, me siento muy cansada —manifestó—. ¿Quiere llamar a la nueva sirvienta, para que me ayude a acostarme?

—Inmediatamente, señora.

Joyce compareció a los pocos minutos. Arabella se había puesto en pie y estaba apoyada en un bastón de ébano, con empuñadura de marfil.

—Dame tu brazo, muchacha —solicitó—. No me gusta pedir ayuda, pero, a veces, lo necesito. Oh, la juventud… No sabéis el tesoro que tenéis a estas edades… Buenas noches, Francis querido. Que descanses bien y tengas felices sueños.

Cuando ya estaba en la puerta se volvió sonriendo hacia Barnes.

—Y a usted también, buenas noches, Barnes.

El joven se inclinó.

—Mil gracias, señora. Buenas noches, señora.

Lulú vino a recoger la mesa. Se movía con gestos provocativos, que Barnes ignoró por completo. Al fin, la doncella se marchó, no sin poner cara de disgusto al ver que sus dengues y mohines no habían tenido el menor éxito con el estirado mayordomo.

Cuando estaba a punto de terminar, apareció Joyce.

—*Miss* Pitt descansa —informó.

—Gracias. Por mi parte, puede retirarse, Joyce.

—Sí, señor. Señor Barnes…

Las cejas del joven se alzaron.

—¿Diga…?

—Yo… Bueno, no sé cómo decirlo, pero me parece todo tan extraño…

—¿A qué se refiere, si puede saberse?

—Es… Bien, dos cubiertos, ella habla constantemente con alguien que no está… ¿No le parece que *miss* Pitt…?

—No me parece nada, Joyce, y la señora tiene todo el derecho de hacer lo que le dé la gana, puesto que está en su casa, y usted tiene el deber, si quiere conservar el puesto, de hacer cuanto le ordenen y de abstenerse de comentarios de cualquier clase. ¿Está claro?

—Sí, señor. Por supuesto, no quise…

—Eso es todo, puede retirarse.

Joyce hizo una ligera genuflexión y se marchó. Al quedarse solo, Barnes sonrió. Luego fue a la puerta del comedor, la cerró con llave

y, a continuación, se sentó en un sillón, con la copa de coñac en una mano y el cigarro que Francis no había consumido en la otra.

—Todo se aclarará al final —murmuró.

* * *

Cuando sonó la campanilla de la puerta, al día siguiente por la mañana, Barnes se arregló maquinalmente el traje y fue a abrir. En el umbral de la puerta divisó a una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, rubia y de aire desenvuelto, en cuyo rostro apareció una enorme sorpresa al ver a un desconocido en la entrada de la casa.

—Usted es nuevo aquí —exclamó.

—En efecto, señora. Soy Austin, el mayordomo —contestó Barnes—. ¿Puedo preguntarle qué es lo que desea la señora?

—Soy Aline MacBride, de North Córner. Deseo hablar con *miss* Pitt.

—Iré a ver si la señora desea recibirla, señora, MacBride…

—Dígale que he venido a pagar la renta anual. Eso la estimulará, seguramente.

—Bien, señora.

Barnes se alejó, para volver a los pocos momentos.

—*Miss* Pitt la aguarda, señora —informó.

—Gracias, Austin. —Aline silbó desenvueltamente—. ¡Vaya planta de mayordomo! —exclamó—. ¿De qué película ha salido usted?

—No he sido en mi vida actor de cine, señora —contestó Barnes.

—Pues si yo fuese productor de cine…

Aline cruzó el vestíbulo con fuerte taconeo. Cuando ya llegaba a la puerta del saloncito íntimo donde se hallaba Arabella, se volvió hacia el joven.

—Austin, ¿continúa todavía con su chifladura, esa que le hace hablar continuamente con su fantasma?

—Yo no lo llamaría chifladura, señora —dijo Barnes.

—Claro, usted es sirviente y lo más que puede decir es extravagancia. Pero… —Anne se tocó la sien con el índice derecho —. Deberían internarla en un manicomio, créame.

—Eso no es de mi incumbencia, señora.

Aline asintió y empujó la puerta. Barnes cerró, se marchó y fue a la cocina, en donde tomó una taza de té que le sirvió Tina. La cocinera, le vio preocupada, pero no se atrevió a decirle nada. Quiero es que venga a verme. ¿Lo hará?

—Al menos, lo intentaré.

—Tengo teléfono. Avíseme con anticipación, la víspera, por ejemplo.

—Muy bien, señora.

Aline se subió la falda del vestido como si quisiera estar más cómoda. Barnes no dejó de apreciar el gesto, que tendía a mostrarle las medias, con ligas de estilo anticuado, que hacían el espectáculo mucho más interesante. Ella le dirigió una sonrisa provocativa y luego arrancó hacia la salida del enorme jardín que rodeaba la mansión.

Barnes se acarició la mandíbula pensativamente. Aline se habría sorprendido enormemente de haber podido escuchar su comentario, nada favorable y menos aún expresado con palabras impropias de un mayordomo que parecía el «summun» de la cortesía y la mesura:

—¿Qué diablos querrá esa pájara?

CAPÍTULO III

El coche rodaba a buena velocidad en dirección a Hookey Cottage cuando, de pronto, su conductor vio otro automóvil atravesado en la carretera. Marcus Davidson Cranshaw tuvo el tiempo justo de frenar, para evitar la colisión y el morro de su coche quedó a un palmo escaso del costado izquierdo del que un imprudente había dejado abandonado allí de tan mala manera. Pero antes de que pudiera lanzar un par de maldiciones para desahogarse, un nombre surgió de la espesura vecina y se le acercó con un revólver en la mano.

—Usted es el abogado Crasnhaw —dijo.

El viajero le miró serenamente.

—¿Qué quiere? ¿Dinero? Llevo sólo lo suficiente para pequeños gastos, una docena de libras, a lo sumo. Ordinariamente, me arreglo con cheques o tarjetas de crédito…

—No quiero dinero —contestó el individuo—. Soy Ben Hwillings. Ha oído hablar de mí, sin duda.

—En efecto. Es usted el arrendatario de una de las parcelas de Oaks Meadows, la denominada Green Puffin. Por cierto, también sé que es usted uno de los más aficionados a demorarse en el pago de la renta.

—Los negocios andan mal —gruñó Hwillings.

—En todo el mundo andan mal, pero eso no es motivo para dejar de cumplir los compromisos contraídos —contestó fríamente el abogado—. Y por otra parte, ¿era necesario hacerme ese comentario detrás de un revolver?

Los ojos de Hwillings despidieron rayos de ira.

—Voy a decirle una cosa, abogado —exclamó—. Ahora va a visitar a la bruja de Hookey Cottage. Convénzala para que me

venda Green Puffin. Eso es todo lo que le pido.

—Primero, *miss* Pitt no quiere vender una sola hectárea de su propiedad. Segundo, para hablar de venta, lo primero que tiene que hacer usted es ponerse al corriente de las deudas. Tercero ¿cómo osa exigir que le vendan, si no tiene dinero para pagar la renta? Y cuarto y último, yo aconsejo siempre a mis clientes, pero son ellos los que toman la decisión.

—Usted haga lo que le pido y no se preocupe de más. La vieja confía mucho en usted y sigue siempre sus consejos. Dígale que me venda Green Puffin, eso es todo.

—¿Y si no quiere?

Hwillings sonrió torvamente.

—Voy a apartar el coche. Será mejor que haga lo que le pido —contestó.

Hwillings dio unos pasos en sentido lateral y se dispuso a entrar en su automóvil. De pronto, oyó una voz:

—No está bien eso que has hecho, Ben.

El sujeto se sobresaltó enormemente.

—¿Eh? ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que dice?

—Bien, ha llegado tu hora. Tienes un revólver. Utilízalo contra la persona que realmente debe morir en estos momentos.

Cranshaw se sentía enormemente asombrado al ver que Hwillings hablaba con alguien a quien él no podía ver. De pronto, aterrado, vio que Hwillings levantaba la mano armada y se aplicaba a la sien el cañón de su revólver.

—¡Alto! —gritó—. ¡No sea loco! ¡No cometa tonterías…!

El tiro saltó y Hwillings cayó fulminado. Cranshaw se sintió anonadado.

—Dios mío, ¿tendré yo la culpa…?

Hwillings yacía en el centro del camino, boca abajo, sangrando por el agujero que la bala había abierto en su sien. De repente, Cranshaw oyó ruido de ramajes.

Un hombre saltó a la carretera.

—Lo he visto todo, caballero —dijo—. Ha sido espantoso… Pero no entiendo qué motivos podía tener Ben para saltarse la tapa de los sesos…

Cranshaw empezó a recobrarse.

—Dice que lo ha visto todo, señor…

—Allen, Jack Allen. Vi y escuché todo lo que decían los dos, y usted no pudo comportarse mejor con ese desdichado. Realmente, ha sido algo lamentable, aunque deba añadir que Hwillings no gozaba de demasiadas simpatías en la región.

—Bien, Hwillings ya no tendrá que preocuparse en lo sucesivo por la simpatía o el desdén de sus convecinos. Señor Allen, soy Cranshaw, abogado de *miss* Pitt. ¿Tendrá la bondad de ir a la ciudad e informar a la Policía de lo sucedido? Si sabe conducir, puede utilizar mi propio coche.

—Sería mejor que me llevara el de Ben, señor Cranshaw.

—Como quiera. Yo esperaré aquí, señor Allen.

Cranshaw empezaba a reponerse del choque sufrido. Se preguntó qué le había impulsado a Hwillings al suicidio, cuando en ningún momento había mostrado la menor intención de poner fin a su vida. Antes al contrario, le había amenazado y…

Tendría que examinar el expediente de Hwillings, se dijo. Si no tenía herederos, el contrato de arrendamiento quedaba resuelto con su muerte y Green Puffin quedaría libre nuevamente.

* * *

—Horrible, ha sido verdaderamente horrible —dijo Cranshaw más tarde, cuando ya se encontraba en presencia de Arabella—. Nunca pude imaginarme que Hwillings…

Joyce servía el té, discreta, silenciosa y eficiente, mientras la dueña de la casa charlaba con el visitante. Arabella meneó la cabeza.

—Hwillings ha terminado como debía acabar —dijo fríamente.

—Pero no tenía motivos para suicidarse.

—O sí. ¿No es verdad, Francis?

Joyce se sobresaltó ligeramente, aunque no era la primera vez que oía a la dama hablar con aquel personaje invisible, cuya identidad no había conseguido todavía averiguar. La muchacha preguntó por qué Arabella no estaba encerrada en una casa de orates.

—Deje a Francis en paz, *miss* Pitt —dijo Cranshaw desabridamente—. ¿Cuándo se va a convencer de que murió hace sesenta años?

—Para mí no ha muerto. Sigue vivo y seguirá viviendo hasta que yo muera. Francis, ¿has oído lo que dice este estúpido abogado? Señor Cranshaw, me dan ganas de destituirle… Pida excusas a Francis inmediatamente, se lo ordeno.

Cranshaw elevó los ojos al cielo y suspiró.

—Sí, *miss* Pitt. —La locura de la anciana, a fin de cuentas, era inofensiva y no valía la pena amargarle la vida tratando de hacerle ver algo que su mente se negaba desesperadamente a admitir como real—. Francis, le ruego me perdone.

—Está perdonado —dijo Arabella—. Marcus, ¿le han hecho más proposiciones de compra de Oaks Meadow?

—Han vuelto a insistir, *miss* Pitt.

—¿Quién?

—El mismo de la otra vez, Brook Stoneles.

—Representa a mis sobrinos.

—Sí, señora.

—No vendo ni venderé jamás —dijo la anciana firmemente—. Comuníqueselo así al señor Stoneles.

—Convendría también decírselo a sus sobrinos…

—Eso lo haré yo en persona, cuando vengan a pasar el próximo fin de semana en esta casa. ¿Algo más, abogado?

—He traído unos documentos para que los firme, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, Marcus. Joyce, muchacha, tráigame una pluma.

—Sí, señora —contestó la aludida.

—Tengo yo —rezongó Cranshaw.

Arabella soltó una risita.

—Es verdad, lo había olvidado. Un abogado sin pluma es como un ciclista sin bicicleta.

Joyce estuvo a punto de soltar el trapo de la risa y tuvo que taparse la boca con ambas manos. Arabella volvió la cabeza y, con gran sorpresa por su parte, Joyce vio que le guiñaba un ojo.

—Puede retirar el servicio, muchacha —ordenó la anciana.

—Sí, señora.

Joyce se llevó la mesita con ruedas. Cuando salía, vio a Barnes a poca distancia de la puerta.

El mayordomo silbaba tenuemente, mientras limpiaba con el plumero el polvo de un jarrón situado encima de una consola. Joyce

estaba segura de que Barnes había pegado el oído a la puerta, pero simuló no haberse dado cuenta de nada y continuó su camino hacia la cocina.

* * *

—De modo que Francis murió hace sesenta años —dijo Joyce.

Tina pelaba unas patatas.

—Exactamente, en mil novecientos veintiuno —contestó.

—Pensé que habría muerto en la Primera Guerra Mundial.

—No, aunque quizá su muerte sea debido al mal estado de salud en que quedó después de la guerra. El caso es que *miss* Pitt no ha olvidado al único amor de su vida.

—Está loca de remate, y no lo digo porque se pase el tiempo hablando con un fantasma —dijo Lulú, con las manos en alto, atusándose el pelo estridentemente teñido de amarillo—. Yo no me habría pasado tanto tiempo sin un hombre al lado.

—Tú no eres *miss* Pitt —contestó la cocinera—. Hay cosas que no comprendes, ni comprenderías aunque vivieses mil años.

—Tampoco me interesa comprenderlo —respondió la doncella despectivamente—. A ti, ¿qué te parece, novata?

—«No comment» —respondió Joyce—. Y no soy tan novata; he servido en otras casas…

Lulú la miró de arriba abajo.

—¿Tú has servido en otras casas? No sé, puede que sea cierto, pero tienes un aspecto demasiado distinguido… A veces pienso que has nacido en muy buena cuna…

—Lo cual no significa que sea rica ni noble —contestó Joyce—. Pero estás equivocada. Soy una chica que tiene que trabajar para ganarse la vida, exactamente lo mismo que tú y que la señora Jackson.

—Todos tenemos que trabajar para vivir —suspiró Tina.

Joyce estaba limpiando unos cubiertos de plata. Lulú se puso un cigarrillo en los labios pintados y se dispuso a encenderlo. En el mismo instante, entró Barnes.

Lulú se quitó el pitillo de la boca instantáneamente. Barnes simuló no haberlo visto, pero se acercó a la rubia, con la mano derecha levantada, enseñando bien a las claras la yema del índice,

manchada de una sustancia de color gris y de procedencia fácil de identificar.

—Lulú, ¿cuáles son las órdenes que le di esta mañana, después del desayuno? —preguntó Barnes, impasible.

—Ya lo hice, señor; limpié el comedor de gala…

—Han pasado escasamente ocho horas. ¿Cree que en tan poco tiempo ha podido acumularse sobre los muebles una tan espesa capa de polvo?

Lulú enrojeció violentamente.

—Volveré a limpiarlo, señor Barnes —dijo, avergonzada. Y salió.

—A esa chica hay que atarla corto. Y conste que no me gusta hablar mal de nadie, pero es que hay cosas que claman al cielo.

—Un poco de polvo no es causa de solicitar la intervención de la Divina Providencia —sonrió el joven—. ¿Hay té por alguna parte?

Joyce se levantó vivamente y dejó a un lado los utensilios de limpieza.

—Yo se lo serviré, señor Barnes —dijo presurosamente.

—Gracias. Señora Jackson, *miss* Pitt me ha anunciado la visita de sus sobrinos para el próximo fin de semana.

—¡Cuervos! —gruñó Tina.

—¿Decía, señora Jackson…?

—Son unos cuervos. Sólo vienen aquí, para ver si la señora está a punto de «diñarla»… Oh, perdón, señor Barnes; se me fue la lengua sin querer.

Barnes ocultó una sonrisa. Joyce le tendió la taza con su plato.

—He puesto un terrón de azúcar y unas gotas de leche, señor Barnes —dijo.

—Gracias, señorita. Señora Jackson, usted conoce a esos sobrinos…

—Sí, son hijos de la otra hermana de *miss* Pitt, la que murió hace cinco años. Era mucho más joven que *miss* Pitt y ya ve usted, se marchó antes que ella… Pero estaba muy gastada; creo que había llevado una vida de disipación realmente horrible. Por eso, cuando murió, estaba completamente arruinada.

—No es el primer caso —dijo Barnes.

—Los sobrinos son dos: Gordon Dormond y Dolly Faversham. La señora Faversham es divorciada. El señor Dormond es soltero.

—Su apellido, supongo, será el del cuñado de *miss* Pitt.

—Sí, pero ése murió hace aún más años. Los dos sobrinos son la única familia que le queda a *miss* Pitt, aunque hay quien dice que tiene más parientes. Sin embargo, nadie lo sabe a ciencia cierta y ella no lo ha afirmado ni negado jamás. Simplemente, se ha negado a mencionar nada sobre el asunto.

—Comprendo.

—Aunque quizá haya un pariente… Tal vez aquel muchacho que pasó unos días en el Cottage, hará unos cinco años. Era alto, apuesto, muy agradable… *Miss* Pitt parecía embobada con él… ¡Oiga, señor Barnes, yo diría que usted se parece bastante a aquel joven…!

—Será pura casualidad —contestó el joven sonriendo—. ¿De modo que usted cree que puede haber otro pariente?

—Ya le digo que no sé nada a ciencia cierta. Pero aquel muchacho…

—¿Se marchó?

—Sí. Un día, cuando nos levantamos, ya no estaba… Por cierto, *miss* Pitt pasó unos días fatales… Cualquiera diría que se le Había muerto un hijo. Pero luego se recuperó y…

—Ya, el joven se fue y ella lo echaba de menos. Señora Jackson, ¿sabe cómo se llamaba aquel supuesto pariente de *miss* Pitt?

—Sí, desde luego. Jerry, o Gerald, como prefiera. Gerald McDuff, señor Barnes.

—Muchas gracias, señora Jackson.

Joyce observaba atentamente a Barnes y le pareció que el joven se había puesto pálido de repente. Si su vista no le engañaba, ¿por qué palidecía?, se preguntó.

CAPÍTULO IV

Abrió la puerta y por una rendija escuchó, atentamente. Al cabo de unos momentos, entró en la habitación, pisando de puntillas.

Lulú llevaba en la mano una linterna tan delgada cómo un lápiz. En línea recta, se dirigió hacia una consola muy antigua y empezó a hurgar en los cajones.

Sus manos, enguantadas, se movían sin causar el menor ruido. Encontró un joyero y lo iluminó con la linterna. Los ojos se le desorbitaron al contemplar la resplandeciente colección de joyas que había en aquella caja forrada de terciopelo negro.

Estaban revueltas, arrojadas allí de cualquier forma. Lulú suspiró en silencio. «Lo que es tener dinero de sobra», pensó.

Tras algunos titubeos, decidió guardarse un par de pendientes de oro, adornados con una docena de rubíes y esmeraldas y con un enorme diamante en el centro. «Por ahora, ya tengo bastante», se dijo.

Pero, de pronto, vio asomar unos billetes debajo de otra caja plana y alargada y no pudo evitar la tentación de apoderarse de unos cuantos. Había al menos cincuenta y todos eran de cien libras. Cogió diez y se los metió en el escote.

La caja negra y larga llamó su atención. Al abrirla, creyó que se quedaba sin aire.

«¡Dios mío, qué belleza!».

El collar de perlas de tres vueltas refulgía como algo incomparablemente hermoso, una joya que no tenía igual y cuyo valor alcanzaba a una cifra que no se atrevía siquiera a imaginar. Después da un rato de contemplación, cerró la caja y se dispuso a abandonar su dormitorio.

Miss Pitt carraspeó en aquel instante. Lulú apagó la linterna en

el acto y aguardó, con los nervios en suspenso. Al cabo de unos minutos, oyó a la anciana respirar sosegadamente y emprendió la retirada.

Llegó a su habitación sin inconvenientes. Encendió la luz y, entonces, una mano de dedos de hierro se cerró sobre su muñeca.

—No grites —dijo Barnes.

Lulú se puso a temblar.

—¿Qué… qué es lo que quiere de mí?

—Demasiado lo sabes.

La doncella empezó a recuperarse y sonrió.

—Ari, bueno… Ya entiendo. Le he gustado, ¿verdad?

—Lulú, eres muy guapa, pero no me acostaría contigo ni por todo el oro del mundo. Dame lo que has robado de la habitación de *miss* Pitt.

—Pero ¿qué demonios está diciendo…?

Barnes acentuó la presión de su mano.

—¿Quieres que te rompa el brazo, Lulú la Fina?

Ella se quedó helada.

—Usted sabe…

—También sé que Roy Martin el Silbador está aguardando en el jardín a que le entregues el botín. Mejor dicho, estaba aguardando, porque yo le he hecho levantar el campo y no volverá por aquí.

—No… no entiendo cómo lo ha sabido usted…

—Lulú, vamos a hacer un trato. Puedo enviarte a la cárcel por unos cuantos años y tú lo sabes muy bien. Pero lo olvidaré todo, si me prometes solemnemente dos cosas.

—Dígame, por favor —contestó ella ansiosamente.

—Primero, olvidarte en absoluto de las joyas de *miss* Pitt. Son… Bueno, como dice la Biblia, «no se hizo la miel para la boca del asno».

—Vaya una manera de señalar —se ofendió Lulú.

—Es para que lo entiendas —dijo Barnes, impasible—. Segundo, quiero que vigiles cada uno de los pasos que den los sobrinos de *miss* Pitt durante su próximo fin de semana en esta casa y que me cuentes todo lo que veas y oigas. ¿Lo has entendido?

—En resumen, quiere que sea su «soplona».

—Si lo prefieres así… —sonrió el joven.

—Está bien, supongo que no deja otra salida, señor Barnes.

—No, no te la dejo, Fina. Anda, dame las joyas.

Lulú suspiró resignadamente y sacó los pendientes del bolsillo de la bata.

—No he cogido más —declaró.

Barnes sonrió. De pronto, metió la mano en el escote, de la rubia y rescató los billetes.

—Así está mejor —dijo—. Lulú, pórtate bien. El trabajo no es excesivo, puedes comer lo que te apetezca, cobras un buen sueldo… Compara esto con la cárcel y elige tú misma.

—Sí, señor.

Barnes se encaminó hacia la puerta.

—Oiga, ¿es usted policía? —preguntó Lulú súbitamente.

—Eso no te importa —contestó él.

—Dispense… ¡Señor Barnes!

El joven se volvió. Lulú se había abierto la bata provocativamente. Su cuerpo estaba cubierto solamente con una camisita muy corta y transparente, única prenda que llevaba puesta debajo de la bata.

—Si le apetece…

—Negativo —dijo él, escueto.

Abrió la puerta y salió al corredor. Después de cerrar, avanzó unos pasos.

—¿Tiene fuego, señor?

Barnes se sobresaltó. Joyce estaba en el umbral de su dormitorio, en bata, con un cigarrillo en los labios y la mano izquierda en la cadera.

—¿Va a fumar ahora, Joyce?

—Estoy un poco desvelada…

—Entonces, vaya a la cocina y tómese un vaso de leche caliente. Buenas noches.

Barnes siguió su camino. Se preguntó si Joyce habría escuchado detrás de la puerta del cuarto de Lulú, pero no era cosa que le importase demasiado. Estaba seguro de que no había podido oír nada, porque ya se había cuidado de no levantar la voz en ningún momento.

Por la mañana, después del desayuno, hizo una petición a la dueña de la casa.

—Necesito salir unas horas, señora —manifestó—. Asuntos

personales, claro, pero estaré de vuelta antes de la cena y me cuidaré de que todo esté preparado para la llegada de sus sobrinos.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Arabella—. ¿Qué dices tú, Francis? —Escuchó unos momentos y luego miró al joven sonriendo —. Francis dice que puede irse.

—Gracias, señora.

—Ah, Austin, una cosa. ¿No le han dicho nunca que se parece a un tal Jerry McDuff?

—No conozco a ese caballero, *miss* Pitt.

—Lo tuve de huésped hará unos cinco años. Era un muchacho encantador y se marchó…

La voz de la anciana se quebró súbitamente.

—¡Váyase, Austin, váyase! —exclamó de pronto con insólita aspereza—. Por favor, déjeme sola…

—Sí, señora, como usted mande.

Antes de salir, Barnes volvió la cabeza un instante. Arabella tenía la cara entre las manos y sollozaba silenciosamente.

* * *

Llamó a la puerta y aguardó, unos momentos. Aline MacBride abrió y parpadeó asombrada al ver a su visitante, con un aspecto radicalmente distinto del que ofrecía en Hookey Cottage. Barnes llevaba ahora una chaqueta a cuadros y la camisa estaba abierta por el cuello.

—¡Cielos, qué visión! —dijo Aline, poniendo los ojos en blanco —. Oiga, ¿sabe que es usted totalmente diferente del estirado mayordomo que me recibió el otro día?

—Bueno, ahora visto de paisano —rió él—. Estoy libre y me dije que aceptaría con gusto una copa en su casa, si usted se olvida de mi empleo.

—Nadie me dijo nunca que fuese usted un sirviente —contestó Aline maliciosamente—. Entre, Austin.

—Gracias, señora…

—Oiga, al menos, mientras esté aquí, de «paisano», llámeme por mi nombre. ¿Entendido?

—Sí, señora… Perdón, Aline.

—Así está mejor. Austin, ¿qué prefiere para beber?

—Dos dedos de escocés, por favor.

—Sí. Vamos, siéntese en ese diván y póngase cómodo.

Barnes obedeció. Ella le entregó un vaso de grandes dimensiones y se sentó enfrente, en una silla de respaldo recto, con las piernas cruzadas. La falda era muy ajustada y Barnes volvió a ver las ligas de estilo antiguo, pero indudablemente con un fuerte atractivo erótico.

Barnes carraspeó.

—Ejem… Señora, tengo entendido que quería decirme algo…

—Sí, Austin, usted lleva muy poco tiempo en el Cottage, pero he podido darme cuenta de su enorme atractivo. Estoy segura de que *miss* Pitt se siente muy contenta de usted.

—Hasta ahora, no tengo queja sobre el particular.

Aline descruzó y volvió a cruzar sus piernas. Estaba haciendo una exhibición de sus encantos, pensó Barnes.

—Se trata de la casa y el pequeño trozo que la rodea —dijo ella—. La tengo arrendada, pero quiero comprarla. La vieja, sin embargo, no quiere vender a ningún precio.

—Tengo entendido que lo mismo pretendían Robinson y Hwillings —contestó el joven.

—Es cierto. Somos un grupo de arrendatarios, relativamente numeroso, una docena o más. Nuestras casas y tierras ocupan sólo un tercio de la superficie total de Oaks Meadow, que pertenece a *miss* Pitt. A ella le quitaríamos muchos quebraderos de cabeza si consintiera en vender. Pero, por alguna razón que no conozco, se niega rotundamente a realizar la operación.

—Quizá gana más con las rentas —supuso él.

—¿Qué pueden importarle unos cientos de libras más o menos al cabo del año? Pero, de todos modos, podría invertir la suma total en buenas acciones y aún ganaría más y sin preocupaciones de ninguna clase.

—Indudablemente, pero ¿qué puedo hacer yo? Sólo soy el mayordomo, Aline.

Ella le miró a través de los párpados entornados.

—Austin, si convenciera a *miss* Pitt… podría ganarse una buena recompensa…

—¿Sí?

—Hasta dos mil quinientas libras…

—¿Me las pagaría usted?

—Yo le daría el dinero —contestó ella intencionadamente.

«Alguien te lo dará a ti, para que me lo entregues a mí», pensó Barnes.

—Aline, por el momento, no puedo comprometerme a nada —dijo, tras unos segundos de reflexión—. Sin embargo, le prometo observar durante un tiempo y tantear el terreno. Si veo que la operación resulta favorable, se lo diré.

—Usted podría conquistar muy bien a *miss* Pitt —rió ella.

—¡Aline!

—Oh, no lo tome en sentido de iniciar un romance con ella. Además de sus ochenta años y pico, es una mujer sumamente puritana. Debió de haber vivido en la época victoriana; allí habría encajado perfectamente.

—Sí, seguro.

—Yo lo decía en el sentido de ganarse su confianza… Vamos, ya me entiende, Austin.

—Desde luego, pero no puedo comprometerme a hacer más de lo que le he dicho.

—Por ahora, me conformo con eso. —Aline se puso en pie y se pasó las manos por las caderas, ceñidas estrechamente por un vestido que parecía ir a reventar de un momento a otro—. ¿No quiere otra copa? —sugirió.

—Bien, pero me gustaría que me contase algo que no he podido averiguar hasta ahora.

—¿De qué se trata, Austin?

—De Francis, el fantasma de *miss* Pitt.

—Era su novio y murió hace sesenta años.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿qué pasó exactamente?

Aline se echó a reír.

—Yo nací treinta años después de la muerte de Francis —contestó.

—Y, ¿no habrá alguien que viva todavía, aparte de *miss* Pitt, naturalmente?

—Creo que en Hartwell vive un tal Duncan Fitzsimmons, que fue compañero de armas de Francis durante la Primera Guerra Mundial. Pero no sé si él sabrá…

—Ya le preguntaré en otro momento. Si he de convencer a *miss*

Pitt para que venda, debo conocer el mayor número de detalles posibles.

—Muy lógico. Ahí va la otra copa, Austin. Recuerde, son dos mil quinientas libras… y algo más.

—¿Por ejemplo?

Aline inspiró profundamente. Tenía un busto opulento, muy atractivo y Barnes disponía aún de unas cuantas horas.

Tomó un sorbo y dijo:

—Lo consideraré como un… un pájaro en mano.

Ella soltó una risita.

—No echaré a volar —aseguró.

Mucho más tarde, cuando reposaban juntos en el lecho, Aline sufrió un brusco estremecimiento y lanzó una sonora interjección:

—¡Si no fuese por ese maldito fantasma…!

Barnes se incorporó sobre un codo.

—¿Qué pasa con el fantasma? —preguntó.

—Robinson se estrelló contra un árbol, sin razón aparente para que se matase de forma tan estúpida, aunque algunos dicen que estaba borracho. Hwillings se levantó la tapa de los sesos.

—Dos sucesos muy desagradables, aunque perfectamente naturales —opinó Barnes.

—Sí, pero el fantasma…

Aline se pasó una mano por la frente.

—Todos conocemos la manía de *miss* Pitt y, hasta hace poco tiempo, pensábamos que era sólo una inofensiva chifladura —añadió—. Pero ya hay quien opina que el fantasma actúa por orden suya y para ejecutar la venganza.

—¿La venganza? ¿De qué?

—De la muerte de Francis McDuff —contestó Aline.

—Pero murió a causa de su mala salud, por la guerra…

—Murió asesinado —afirmó ella dramáticamente.

CAPÍTULO V

Con gran cuidado, levantó la tapa del escritorio de persiana y la enrolló, hasta que la mesa quedó al descubierto. Había una carpeta con algunos documentos y alzó la tapa, para examinarlos.

—Le falta una cámara fotográfica en miniatura —sonó de pronto una voz a sus espaldas.

Joyce se sobresaltó terriblemente. Al volverse, vio a Barnes frente a ella, mirándole fijamente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Só… sólo quería… limpiar el polvo… —tartamudeó la muchacha.

—¿Con las manos desnudas? ¿O pensaba soplar? —dijo él irónicamente.

—Bueno, el escritorio está limpio, de modo que no hace falta que vaya a buscar el plumero.

—Claro, buscaba otra cosa, ¿verdad?

—Estoy diciéndole lo que pensaba hacer…

—El escritorio estaba cerrado con llave. Usted lo ha descerrajado con una lima para las uñas.

—¡Estaba abierto!

—Como quiera, no vamos a discutir por este asunto. Joyce, por ser la primera vez, lo pasaré por alto, pero no quiero verla metiendo su linda nariz en lugares que no le importan en absoluto. ¿Está claro?

—¿Puede usted tirar la primera piedra?

—Y un pedrusco así de grande —contestó Barnes, separando las manos casi un metro.

—Sin duda, lo tiró en el dormitorio de Lulú, ¿eh?

—Es muy guapa —sonrió el joven.

—Una lagarta —calificó Joyce despreciativamente.

—Usted, presume de honesto, severo y mesurado… y se va a visitar a las criadas…

—Los mayordomos siempre tienen ciertos privilegios, Joyce.

—No trate de emplearlos conmigo. A partir de ahora, cerraré mi puerta con doble vuelta de llave.

—Y si le parece poco, yo le llevaré ladrillos y morteros, para que se emparede.

—Una buena llave será suficiente —contestó Joyce, con la barbilla muy levantada—. ¿Tiene más que mandarme, señor. Barnes?

—Los sobrinos de *miss* Pitt están al llegar. Prepárese para recibirlos adecuadamente.

—Sí, señor.

Joyce taconeó hacia la puerta del gabinete. Cuando iba a salir, Barnes dijo:

—Su apellido es St. Swithin… el mismo, curiosamente, que el de la St.

Swithin's

Works Tools, una poderosa empresa de fabricación de herramientas, de prestigio y solvencia internacionales.

Ella se volvió en redondo.

Pertenezco a la rama pobre de la familia. Mi padre es primo segundo del St. Swthin propietario de la empresa, y ambas ramas se separaron hace muchísimos años y no tienen relaciones en la actualidad.

—Gracias por su aclaración, Joyce.

Unos nudillos sonaron en la puerta. Lulú asomó la cabeza.

—Dispensen si interrumpo. Señor Barnes, le llama *miss* Pitt.

—Voy al momento —contestó el joven.

Arabella estaba en su saloncito, sentada, con un libro en las manos. Al ver a Barnes, se quitó los lentes y le dirigió una curiosa mirada.

—Hoy ha estado usted en casa de la señora MacBride.

Barnes se quedó sin respiración. Ella soltó una risita.

—No, si no me importa. A fin de cuentas, usted es joven… Y yo sé lo que pretende esa zorra.

—Señora…

—Austin, confío en usted. Con eso es más que suficiente. ¿Entendido?

Barnes hizo una profunda reverencia.

—Agradezco infinito su comprensión, señora.

—Mis sobrinos no tardarán en llegar. Deben ser tratados con toda cortesía, pero sin olvidar en ningún momento que son mis huéspedes y no los dueños de Hookey Cottage. Si ve algo que no le agrada, no dude en enfrentarse con ellos.

—Tendré su orden presente en todo momento, señora.

—Gracias, Austin. Ahora déjeme sola, por favor:

* * *

La bocina del coche sonó ante la puerta y Barnes cruzó el vestíbulo con largas zancadas. Joyce y Lulú salieron tras él a recibir a los recién llegados.

Gordon Dormond fue el primero en apearse. Era un hombre próximo a los cincuenta, grueso, de párpados caídos y mentón rebosante de grasa. Daba la impresión de ser un tipo abúlico y sin voluntad, pero Barnes apreció muy pronto que aquella apariencia era solamente la máscara tras la cual se ocultaba una rara astucia y una voluntad de hierro.

Dolly Faversham era más joven, a pesar de lo cual había rebasado ya la frontera de los cuarenta años. Su lucha contra el peso era evidente y se apreciaba sobre todo en lo ajustado del vestido, que parecía ir a estallar por las costuras en cualquier momento. Tenía el pelo pajizo artificialmente y le sobraba maquillaje por la cara. Arreglada con un poco más de discreción, podría haber resultado más atractiva. Pese a todo, Barnes apreció que Dolly tenía una figura que podía agradar indudablemente a determinada clase de hombres.

«Y, en último caso, en una isla desierta y sin otra cosa a mano…», pensó sardónicamente.

Dolly se quedó parada ante él, mirándole fijamente.

—El nuevo mayordomo, supongo —dijo.

Barnes se inclinó.

—A sus órdenes, señora. Austin es mi nombre, para lo que guste mandarme.

—Celebro conocerle, Austin, aunque es la primera vez que veo un mayordomo tan joven. ¿De dónde ha salido usted? ¿No se dedicaba antes, por casualidad, a exhibir ropa de caballero como modelo masculino?

—La señora tiene un humor excelente —dijo Barnes—. Agradezco infinito la buena opinión que tiene de mí, pero no, no he sido nunca modelo masculino.

—Pues si de mí dependiera… ¡Eh, también hay una doncella nueva!

—Joyce es su nombre, señora.

—En esta casa, parece como si los mejores artistas de cine se hubieran dado cita como sirvientes —comentó Dolly irónicamente —. ¿Qué te parece, hermano? —preguntó, volviéndose hacia el hombre.

—Hablas demasiado —gruñó Dormond—. Austin, ocúpese de los equipajes.

—Sí, señor.

Barnes fue a la zaga del coche y abrió el maletero. Joyce y Lulú se encargaron de transportar las maletas a las habitaciones que ya habían sido asignadas a los recién llegados.

—Queremos ver a nuestra tía, Austin —dijo Dormond.

—Hace tiempo que no venimos por aquí. Se alegrará de vernos —añadió Dolly.

—Iré a avisarla inmediatamente —manifestó el joven.

Barnes se dio cuenta de que Dormond había traído consigo una carpeta de negocios, de la cual no se separaba un solo momento. Se preguntó qué documentos tan importantes podía contener aquel portafolios negro, de barata calidad, por otra parte. Lo averiguaría, se propuso.

Entró en el saloncito y anunció a Arabella la llegada de sus sobrinos. La anciana dio permiso para que entraran a visitarla.

Barnes regresó al vestíbulo.

—*Miss* Pitt les recibirá de inmediato —informó.

—Muy bien —contestó Dormond—. Ah, Austin, estamos esperando la llegada del doctor Sharkey. Haga el favor de avisarnos inmediatamente apenas se presente.

—Bien, señor. ¿Debo deducir que el doctor Sharkey va a ser huésped de la casa también, en este fin de semana?

—Desde luego —contestó Dormond.

—La señora no me informó…

—Nosotros se lo diremos ahora —cortó Dolly secamente.

—Bien, señora —dijo Barnes sin inmutarse.

Dormond y su hermana caminaron hacia el saloncito donde se hallaba la dueña de la casa. Barnes quedó en el vestíbulo, acariciándose pensativamente el mentón.

Lulú bajó primero del piso superior.

—Han llegado los cuervos —comentó burlonamente.

—Lulú, no se olvide de lo que le dije. Quiero saber hasta los menores detalles de lo que hagan esas dos personas.

—Sí, señor Barnes.

—Y un consejo, gratuito y desinteresado. En el fondo, usted no es mala chica. Deje al Silbador o acabará muy mal. Aquí, pese a todo, tiene mucho porvenir.

—El porvenir de una criada —rezongó Lulú.

—Es infinitamente mejor que el porvenir de una presidiaria.

Lulú se alejó, taconeando vivamente. Joyce bajó momentos después.

—Todo en orden, señor Barnes —informó.

—Lo celebro. Joyce, usted servirá la cena esta noche.

—Sí, señor.

—Vigile a los huéspedes.

—¿Cómo…?

—Ya lo ha oído. Vigile el menor movimiento que hagan en la mesa. No deje que sus manos se acerquen siquiera a las copas o a los platos de *miss* Pitt. ¿Ha comprendido?

—¿Teme algo…?

—Usted limítese a obedecer. No haga preguntas: Por otra parte, yo también estaré presente, pero cuatro ojos ven siempre el doble que dos.

—Muy bien, señor Barnes. ¿Desea algo más?

—Eso es todo, por ahora.

Joyce se marchó. Barnes consultó la hora. Si se daba un poco de prisa, todavía podría…

Con paso ligero y elástico, cruzó el vestíbulo y llamó a la puerta del saloncito. Arabella dio permiso en el acto.

—Perdón, señora —dijo el joven desde la puerta—. Resulta que

faltan algunas cosas para la despensa y Tina me ha rogado que vaya al pueblo a comprarlas. Ella está ocupada con la cena y… Bien, sería cosa de un par de horas solamente y las doncellas pueden atenderla a usted y a sus huéspedes…

—Muy bien, vaya, Austin —accedió *miss* Pitt.

—Estaré de vuelta para la cena. Gracias, señora.

Barnes cerró la puerta y se encaminó hacia el garaje. Había un «Rolls Royce» de veinte años atrás, pero aún en magnífico estado de funcionamiento. Arabella lo usaba muy raramente, ya que apenas salía de la casa. Pero en aquellos momentos, era para Barnes una especie de tabla de salvación, que iba a utilizar inmediatamente.

Apenas había dejado el «Rolls» en el garaje, vio que llegaba otro coche a la casa. Sin perder tiempo, fue a atender al recién llegado, que ya se apenaba en aquellos instantes. Era un hombre bajito, con lentes de cerco de oro y un bigotito estilo Charlot, lo que le confería un aire de apacibilidad, a la vez que inspiraba confianza a cuantos le veían por primera vez. El recién llegado vio a Barnes y sonrió.

—El nuevo mayordomo, ¿verdad? Soy el doctor Sharkey…

Barnes ignoró la mano que Sharkey le tendía, contra todas las reglas de urbanidad en un caso semejante.

—Patrick Sharkey, supuesto doctor en medicina; Henry A. Wilcox, ingeniero nuclear; Peter Tracy, agente de cambio… ¿Sigo con los personajes que desempeñas habitualmente, Johnny Jenkins, alias «El Cien Caras»?

El otro se puso pálido.

—Oiga, no sé de qué me está hablando…

—Johnny, atrévete a entrar en esta casa, y antes de que tengas tiempo de decir «buenas tardes», caerá sobre ti un alud de policías, con un montón de acusaciones, de las que no te librarás en veinte años. Vuelve al coche y ahueca el ala, rápido.

—Pe… pero… ¿quién es usted? —preguntó el recién llegado, entre indignado y asustado.

—Eso no te importa, Johnny. Anda, lárgate.

—Me están esperando…

—Yo me disculparé en tu nombre, no te preocupes.

Los labios del sujeto se contrajeron.

—A usted no debiera importarle…

—Eso no es cuenta tuya, Johnny. ¿Te vas o te echo?

Jenkins miró de abajo arriba al hombre que tenía frente a sí y optó por emprender una prudente retirada. Podía competir, tal vez, en astucia, cosa no demasiado segura, pero no en fuerza física.

—El mejor negocio de mi vida —se lamentó, cuando ya estaba sentado al frente del volante.

—El mejor negocio de tu vida es evitar la cárcel —dijo Barnes severamente.

Jenkins se marchó. Barnes fue a cambiarse de ropa, acudió luego a la cocina y, cuando todo estuvo dispuesto, se dirigió al salón.

—La señora está servida —anunció con gran prosopopeya.

Arabella agarró su bastón.

—Gordon, dame tu brazo —pidió.

—Sí, tía, con mucho gusto.

—Perdonen un momento —dijo Barnes—. Tengo algo que comunicarles a los sobrinos de la señora. El doctor Sharkey ha estado unos instantes, pero sólo para disculparse por no poderse quedar este fin de semana en la casa. El doctor manifestó que había sido requerido para un caso de verdadera urgencia y que no sabe cuándo, podrá venir, por lo que ruega se sirvan dispensarles.

Dormond abrió una boca de palmo.

—Entonces… ¿no se queda aquí…?

—Lo siento, señor; es todo lo que puedo decirles —contestó el joven.

—Bueno, nos pasaremos sin él —dijo Dolly con aire resignado.

—¿Quién era ese matasanos? Si lo habíais hecho venir para mí, tengo mi médico particular —exclamó Arabella.

—¡Por Dios, tía! —contestó Dormond—. Es sólo un buen amigo nuestro, que ha estado tratando a Dolly de ciertos trastornos sin demasiada importancia. Por eso le dijimos que… Bien, Austin, muchas gracias, de todos modos.

Barnes se apartó aun lado. El lunes, se propuso, iría al pueblo con más tiempo. Tenía que hablar con Duncan Fitzsimmons acerca del difunto Francis McDudd, el hombre al que Arabella Pitt no había podido olvidar en sesenta años.

CAPÍTULO VI

—Creo que un poco de vino te sentaría bien, tía —dijo Dormond, a la vez que acercaba una copa a la anciana.

—Quizás tengas razón, sobrino —sonrió Arabella.

Barnes se acercó a la mesa.

—La señora, sin duda, querrá un poco más de este excelente pescado —dijo.

—Pues, sí, está muy bueno… ¿verdad, Francis?

Dormond y su hermana cambiaron una mirada. De pronto, Barnes lanzó una exclamación:

—¡Señorita Joyce, está distraída! Haga el favor de atender a la mesa como es debido. ¿Qué clase de sirvienta es usted, que está aquí como si fuera la mismísima dueña de la casa?

La atención de los sobrinos se distrajo un momento. Joyce se hallaba al otro lado de la larga mesa y Dormond y su hermana volvieron la cabeza unos instantes. Arabella levantó una mano.

—Austin, no sea tan rígido. Esa chica se había descuidado un poco, eso es todo.

—Perdón, señora, pero hay ciertas cosas que no se deben pasar por alto —contestó el joven rígidamente.

—Francis, este mayordomo es una joya —sonrió Arabella—. ¿No os parece, sobrinos?

—Según para qué —dijo Dolly, mirando desvergonzadamente a Barnes.

En aquellos ojos había una llamada que Barnes no podía ignorar. Le habría gustado contestar de viva voz en aquellos momentos y a Dolly no le hubiera gustado su respuesta.

Al terminar la cena, Dormond dio unos golpecitos en la boca con la mano.

—Dios, qué sueño…

—Sería mejor que te fueses a dormir —aconsejó Arabella irónicamente—. Le has dado demasiado a la botella, Gordon.

—Sólo dos copas de más, tía —se defendió Dormond—. Pero, con tu permiso…

Dormond se levantó pesadamente y caminó hacia la puerta. Arabella, como de costumbre, requirió los servicios de Joyce para ir a su dormitorio.

Dolly quedó unos momentos en el comedor. Lulú recogía el servicio, ayudada por Barnes. La doncella se marchó a poco.

—Austin —dijo Dolly de pronto.

—¿Señora…?

—¿Se encuentra a gusto en esta casa?

—No tengo la menor queja de *miss* Pitt, señora.

—Pero el sueldo no es muy elevado. Podría ganar más.

—No veo cómo, señora.

Dolly sonrió maliciosamente.

—Hablaremos de ese asunto en otro momento. Mientras tanto, piense que yo puedo proporcionarle ese empleo, con un salario muy superior. Y tal vez, algo más…

Dolly se alejó con gran contoneo de sus pomposas caderas. Barnes sonreía maliciosamente. «Te calé, pájara», pensó.

Joyce vino un poco más tarde. Parecía muy furiosa.

—Señor Barnes, quiero hablar con usted muy seriamente —manifestó.

—Soy todo oídos, señorita St. Swithin —dijo el joven plácidamente.

—Me ha reprendido groseramente durante la cena. Ha dicho cosas de mí que son absolutamente inciertas…

—Por todo lo cual, le presento mis más humildes disculpas, haciéndole saber, de paso, que era absolutamente necesario y que sólo se trataba de una comedia.

Joyce se quedó atónita.

—No entiendo…

Barnes suspiró.

—Tenía que distraer la atención de los comensales —explicó—. El señor Dormond puso algo en el vino de *miss* Pitt, un narcótico, con toda seguridad. ¿No ha notado que el señor Dormond tenía

mucho sueño apenas terminó de cenar?

—Pero si el narcótico estaba en la copa de *miss* Pitt…

—Cuando yo la abronqué a usted, los demás se distrajeron. Entonces hice el cambio de copas.

—Podía haberse tratado de un veneno —se estremeció Joyce.

—En tal caso, Gordon, habría sido cazado en su propia trampa, cosa que, de todos modos, ha sucedido.

—Sí, ya veo. Pero ¿por qué…?

—Eso es todo, Joyce. ¡Buenas noches!

Ella le miró con curiosidad. Ardía en deseos de formularle infinidad de preguntas, pero no se atrevió a añadir una sola palabra. Sonrió ligeramente, dobló un poco las rodillas y se marchó.

* * *

En la casa reinaba un silencio absoluto. Barnes abrió la puerta de su habitación, escuchó unos momentos y luego, con gran sigilo, se encaminó al piso superior, llevando algo en sus manos.

Cuando llegó a la puerta del cuarto de Dormond, tanteó el picaporte. Por fortuna, no estaba cerrada con llave.

Abrió muy despacio. Dormond estaba sumido en un sueño profundísimo. Barnes sonrió para sí. «Te cacé, pájaro», pensó, mientras avanzaba hacia la silla sobre la que se veía el portafolios de cuero negro.

Era de un tipo muy corriente y barato. Barnes se apoderó de la cartera y dejó otra idéntica sobre la silla. La segunda cartera había sido adquirida aquella tarde en el pueblo.

Con el mismo cuidado que a la ida, emprendió la retirada. Llegó a su habitación, entró y cerró la puerta, sin percatarse de que unos ojos le habían vigilado desde un lugar relativamente cercano.

—¿Se ha vuelto un ladrón? —murmuró Joyce, pensativamente, mientras volvía a la cama.

Se había desvelado y tardó bastante en conciliar el sueño, porque estaba un tanto nerviosa. Al fin, logró relajarse.

Una vez creyó oír ruidos en el exterior, pero pensó que habría sido una ilusión de sus sentidos. Poco a poco, sintió que se hundía en la dulce inconsciencia del sueño.

* * *

El hombre renegó, mientras se frotaba la rodilla con la que había tropezado contra un obstáculo invisible en la oscuridad. MacKinley Smuffs pensó que no eran horas de entrevistas, pero tampoco le quedaba otra opción, se dijo, mientras contemplaba la oscura silueta de la casa.

Alguien le había dicho que un cordón colgaría en el exterior, para que pudiera tirar y despertar así a la persona que quería hablar con él a una hora tan avanzada y con el máximo de discreción. Se acercó al edificio y empezó a buscar el cordel.

No aparecía por ninguna parte. De pronto, oyó una voz susurrante:

—Está ahí, a tu derecha.

—Gracias —contestó Smuffs maquinalmente.

—Vaya humedad, ¿eh?

—Sí, hay mucho relente. Pero eso pasa aquí constantemente. Oiga, no veo el cordel…

—Un poco más a la derecha… ¡Ahí, hombre!

Smuffs divisó el cordel. De pronto, se dio cuenta de que había estado hablando con un desconocido.

—Eh, oiga, ¿quién es usted?

Pero el otro no le contestó. Smuffs se tapó la boca con una mano, como reprendiéndose a sí mismo por haber alzado el tono de voz más de lo conveniente en aquellas circunstancias.

Smuffs vio que estaba solo. Quizás el desconocido le había hecho aquella indicación para que pudiera hablar a satisfacción con la persona que le había citado allí. Alargó la mano y asió el cordón.

En el mismo instante, se sintió envuelto en un dolor horrible, a la vez que creía arder de los pies a la cabeza. Todo su cuerpo se estremeció espantosamente. Vio saltar chispas azuladas del cordón que tenía en la mano, pero fue una visión que duró menos de un segundo, aunque sí le quedó tiempo para lanzar un espeluznante chillido.

Sus ropas empezaron a humear y creyó que los sesos le hervían dentro del cráneo. Luego cayó hecho un ovillo al pie de la pared, todavía agarrado al cordón. Estaba muerto, pero su cuerpo seguía agitándose con horrendos espasmos.

El grito despertó a todos los habitantes de la casa, menos a dos.

Uno de ellos estaba despierto. Barnes escuchó aquel toso aullido y guardó precipitadamente en la cartera los documentos que estaba examinando. Cerró la cartera, la dejó debajo de la cama y corrió a la ventana.

A poca distancia, divisó un bulto que se movía lentamente y del que, en ocasiones, se desprendían chispas, que estallaban con secos chasquidos. Inmediatamente comprendió lo que sucedía.

Tina salió corriendo al jardín.

—¡No toque a ese hombre! —rugió Barnes—. Está unido a un cable eléctrico y usted puede morir también si intenta soltarlo.

La señora Jackson retrocedió como si hubiese visto ante ella una fiera monstruosa. Barnes saltó por la ventana. Lulú y Joyce estaban asomadas a las de sus respectivos dormitorios.

—¿Qué pasa? —preguntó Lulú.

—Quédense ahí —respondió el joven—. Parece que un ladrón quiso entrar en la casa…

—Eso se podría haber evitado con un par de mastines, pero *miss* Pitt no puede soportar a los perros —dijo Tina.

—Ahora ya no importa —dijo Barnes—. Voy a…

Dolly asomó por una ventana del piso superior.

—¿Se puede saber qué es ese escándalo? —preguntó—. Vaya un fin de semana apacible…

—Señora, alguien ha sufrido un grave accidente —contestó Barnes serenamente—. ¡Joyce!

—Sí, señor Barnes —contestó la muchacha.

—Suba a la habitación de «*miss*» Pitt y hágale compañía.

—Sí, señor.

Barnes se acercó al cadáver, del que se desprendía un horrible olor a carne abrasada. Por el cuerpo de aquel desgraciado, que ya no sentía nada, continuaba circulando la electricidad.

Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la cocinera, que permanecía a unos pasos de distancia.

—Creo que he visto una cizalla en el garaje —manifestó—. Aislaré los mangos y cortaré el cable. Cuando lo haya hecho, avise a la compañía de suministro eléctrico y a la Policía.

—Sí, señor.

Lulú se acercó temerosamente, con una linterna en la mano que

enfocó sobre el rostro del muerto, que aparecía completamente rojo, como si lo hubiera sumergido en agua caliente.

—Menos mal —murmuró—. No es el Silbador…

Inés vino poco después con las cizallas. Para mayor seguridad, se había puesto unos guantes de goma y traía también un taburete de madera, sobre el que se puso, para conseguir mejor aislamiento. Cortó el cable a dos metros del suelo y el cadáver dejó de moverse.

Se preguntó cómo podía haberse electrocutado aquel infeliz. La tensión era normal, pero había bastante humedad en el ambiente y, observó, el calzado del muerto era de cuero, lo que no proporcionaba aislamiento de ninguna clase en una noche húmeda y con el suelo cubierto de rocío. Como fuera, si había ido a Hookey Cottage con ánimo de robar, había cometido el mayor error de su vida.

—El último —finalizó así sus poco agradables reflexiones.

CAPÍTULO VII

Los sanitarios se llevaron el cadáver. El forense había declarado que haría la autopsia, aunque las causas de la muerte estaban muy claras. Dentro de la casa, el sargento Hancock, de la policía local, interrogaba a la servidumbre.

Barnes se había enterado ya de la identidad del muerto. Era MacKinley Smuffs y tenía arrendado un trozo de terreno, Rodney Place, a *miss* Pitt. El sargento Hancokck hizo un fruncimiento de cejas.

—Es curioso. Tres colonos han muerto ya y los tres de sendos accidentes, sobre los cuales no cabe la menor duda. De lo contrario, habría motivos más que suficientes para sospechar de un asesino.

—A mí no me mire así, David Hancock —contestó la anciana desabridamente—. Le conozco a usted desde que era un arrapiezo al que limpié las narices en más de una ocasión. Y usted me conoce también bastante a mí.

—Sí, señora, es verdad —admitió el policía.

—Los tres muertos querían comprarme las tierras que tenían en arrendamiento. A mí no me convenía venderles, eso es todo.

—¿No habría ganado más vendiendo, señora?

—Tal vez, pero prefiero que las cosas sigan tal como están… por lo menos, mientras yo viva. Después…

—Si no tiene herederos… Bueno, sus sobrinos, los hijos de su difunta hermana.

—Ellos no heredarán Hookey Cottage, téngalo por seguro, David. Pero eso es algo que todavía queda muy lejos.

—Así lo deseo de corazón, señora —contestó Hancock, a la vez que cerraba su libreta de notas—. Ahora hablaré con los empleados de la compañía eléctrica; es preciso averiguar por qué se soltó ese

cable.

—Estaría en malas condiciones, supongo. Ya me dirá algo luego, David.

—Sí, señora.

Cuando Hancock salía, Arabella sonrió burlonamente.

—Lo estás haciendo muy bien, Francis —dijo—. Pero aún no hemos terminado la tarea…

—¿Decía, señora?

Arabella se sobresaltó.

—Austin, no ha llamado a la puerta —dijo ásperamente.

—Perdón, señora; quizá lo hice con mucha suavidad y no me oyó —se disculpó el mayordomo—. Sólo Venía para saber si desea alguna cosa…

—No, gracias… Bueno, sí, haga que me traigan una taza de té. Una mañana muy movida, ¿verdad, Austin?

—Bastante, señora. Siento lo que ha ocurrido…

—Eso no debe quitarle el sueño —dijo *miss* Pitt—. Ande, envíeme pronto esa taza de té.

—Ahora mismo, señora.

Hancock estaba hablando en aquellos instantes, con Joyce, por lo que ordenó a Lulú cumplimentase el encargo de Arabella. Los dos sobrinos bajaban en aquel momento del primer piso.

Dormond parecía hallarse en malas condiciones.

—No sé qué me ha pasado… Tengo la lengua: reseca…

—Anoche le diste de firmé a la botella, hermano —dijo Dolly burlonamente.

—Eso no es verdad. Tomé un par de copas demás, pero no abusé como piensas.

—El caso es que has dormido como un tronco… Supongo que ya sabes lo que ha pasado esta noche, Gordon.

—Calla, seguiremos hablando más tarde —atajó Dormond—. Ahora tenemos que declarar ante el sargento. Sabes lo que tienes que decir, espero.

—Descuida —contestó Dolly.

Hancock dejó libre a Dolly y se acercó a los dos hermanos.

—Perdonen, pero tengo que interrogarles…

—Estamos a su entera disposición, sargento —aseguró Dolly con la mejor de sus sonrisas.

* * *

Separó con gran cuidado uno de los paneles de madera de la pared y metió la cartera en el hueco que había al otro lado. Luego puso el panel nuevamente en su sitio. En el mismo instante, sonaron unos nudillos en la puerta.

Barnes se volvió rápidamente, a la vez que se limpiaba las manos con gesto maquinal.

—¡Adelante!

Joyce entró, cerró y se quedó apoyada en la puerta.

—Deseo hablar con usted, señor Barnes —expresó.

Barnes hizo un amplio ademán.

—Estoy a su disposición, señorita St. Swithin —accedió.

—Gracias. Seré sincera, no me gustan los rodeos. ¿Entendido?

—Ya está dando rodeos —sonrió él—. ¿Por qué no empieza de una vez?

Joyce se puso colorada.

—A veces, resulta usted odioso… Se lo digo, aunque me cueste el empleo…

—Descuide, no la despediré. Pero continúa dando rodeos.

—Primero, usted no es quien aparenta.

Barnes se palpó el cuerpo con gestos de fingido asombro.

—¿Yo no soy yo? ¿Quién soy yo? ¿Yo o mi suplantador? ¿Me han capturado el cerebro sin que me dé cuenta?

—Déjese de bromas estúpidas. Usted sabe bien a qué me refiero.

—Puede que lo sepa, pero, en todo caso, no lo admitiré. ¿Qué más?

—¿Es cierto que los sobrinos de *miss* Pitt querían narcotizarla?

—Absolutamente cierto —confirmó él con toda seriedad—. ¿No ha visto a Dormond? Parecía como si hubiese salido de una espantosa borrachera…

—Entonces, se tomó el vino que debía haberse bebido *miss* Pitt.

—Ya se lo dije, Joyce.

—Sí, pero ¿que pretendían?

—Eso ya no es de su incumbencia, señorita.

—¿Usted cree?

—¿Por qué había de interesarle algo que, repito, no le concierne en absoluto?

—Quizá sí, señor Barnes —dijo ella.
—Muy bien, explíquese.
—Este no es el momento. En cambio, usted…
—¿Soy yo o soy otro? —preguntó el joven burlonamente.
—Quizás lo averigüe más pronto de lo que se imagina. Y me gustaría saber también por qué robó el portafolios del señor Dormond.
—¿Se lo va a decir?
—Usted se merecería que les informase…
—Pero no lo hará, ¿verdad?
—¿Cómo lo sabe?
—Joyce, en la familia St. Swithin no hay una rama pobre.
Ella apretó los labios.
—Le aseguro que…
Barnes cruzó el dormitorio y puso una mano sobre el picaporte.
—Ande, vaya a hacer su trabajo —dijo persuasivamente—. Es muy probable, casi seguro, que ambos estemos embarcados en el mismo bote.
—¿Usted cree?
—Sí, pero lo malo es que, me parece, remamos en direcciones opuestas.
Joyce respingó ligeramente, pero el joven había abierto ya la puerta y no le quedó otro, remedio que salir. Al quedarse solo, Barnes inspeccionó el panel de madera, encontró satisfactoria su situación y salió hacia la cocina.
Cuando llegó, Tina señaló el cuadro de llamadas.
—Es la señora Faversham —dijo.
—Bien, iré a ver qué me quiere —contestó Barnes.

* * *

Dolly estaba sentada frente al tocador, cubierta con un peinador con cuello de plumas y las piernas cruzadas. Llevaba portaligas negras, observó Barnes.
—Señora… —dijo desde la puerta.
—Entre, Austin —ordenó Dolly—. Quiero hablar con usted.
—Sí, señora.
Barnes cerró la puerta. Ella continuó poniéndose polvos en la

cara.

—Ayer le hablé de un nuevo empleo —dijo.

—Lo recuerdo, señora.

—¿Ha pensado algo sobre el particular?

—La señora no me dio detalles sobre ese nuevo empleó —contestó él.

—De momento, el sueldo sería un cincuenta por ciento superior al que le paga mi tía.

—La oferta es interesante. Falta saber de qué clase de trabajo me ofrece.

—Por ahora, puede seguir como mayordomo. Ya le diríamos cuándo debe empezar su nuevo empleo.

—Por ahora, seguiré como estoy, señora.

—Gracias, Austin.

Ella no había captado el sentido de la respuesta, pensó Barnes.

—¿Nada más, señora? —preguntó cortésmente.

Dolly soltó la borla de polvos y se puso en pie. Lentamente, se volvió hacia el joven y se quitó el peinador.

—Austin, ¿quiere ajustarme las presillas del sujetador? Temo que se me suelten en cualquier momento…

—Con mucho gusto, señora.

Ella se había quedado solamente con el sostén y las bragas. «Para cierta clase de tipos o en caso de apuro, no estás mal», pensó Barnes. Pero había sobra de rollos de grasa en la cintura.

—Ya está, señora.

Dolly soltó una risita.

—No se ha inmutado, Austin —dijo.

El joven se encaminó hacia la puerta.

—¿Pensaba acaso la, señora que tenía que alterarme?

—Hombre, no estoy tan mal, me parece. No soy una jovencita, pero, vamos…

Barnes puso la mano en el pomo.

—No es el primer sostén al que ajusto las presillas —contestó maliciosamente—. Con su permiso, señora.

Dolly torció la boca al quedarse sola. Con gesto de cólera, se puso el peinador, mientras maldecía entre dientes.

Dormond entró momentos después, con el portafolios en la mano.

—Lo siento, no ha picado —dijo ella—. Aunque todo es cuestión de paciencia…

—Ese mayordomo es más listo de lo que parece —rezongó Dormond—. Y puede que ni siquiera sea un auténtico mayordomo.

—¿Por qué dices eso?

Dormond abrió el portafolios y extrajo un puñado de periódicos viejos.

—¡Mira! —exclamó.

—¿Qué diablos es eso, Dormond?

—Pero ¿es que no lo ves? Alguien se ha llevado los documentos del portafolios, dejándome en su lugar este montón de periódicos atrasados.

Dolly se quedó estupefacta.

—¡Por todos los diablos! —juró—. ¿Quién ha podido ser?

—Dolly, yo he dormido como un tronco, ni siquiera me he enterado de lo que le pasó al idiota de Smuffs.

—Yo tiré el cordón por mi ventana, tal como habíamos acordado, pero el muy estúpido agarró el cable eléctrico. Gritaba como un cerdo asándose vivo. ¿Por qué no lo oíste?

—Te lo diré: yo puse el narcótico en la copa de tía Arabella, pero alguien me dio el cambiazo y me bebí ese vino.

—¿Seguro, Gordon?

—¡Infiernos! ¿Es que no viste que casi me quedaba dormido en la mesa?

Dolly asintió, moviendo la cabeza varias veces.

—Sí, tuvo que ser él… y precisamente cuando empezó a reprender a la criada, lo que desvió nuestra atención unos instantes. Entonces, fue él quien se llevó los documentos y te dejó los periódicos viejos.

—No pudo ser otro, Dolly, tenemos que espabilarnos o perderemos una fortuna.

—Está bien, ¿qué quieres que haga?

—Te lo diré ahora mismo. Austin, es obvio, tiene los documentos. Los ha debido esconder en su habitación. Yo iré a registrarla, ¿comprendes?

—¿Y si te sorprende?

—No me sorprenderá. Primero iré al garaje y haré cualquier cosa en el coche. Luego vas tú, pruebas y cuando veas que no

arranca, búscalo y pídele que trate de arreglarlo. Con un cuarto de hora tendré más que suficiente.

—Muy bien, pero supongamos que no consigue repararlo…

—Bueno, entonces le dices que tenías que ir a Hartwell y que quieres que te lleve en el coche de tía Arabella. Así dispondré, incluso, de más tiempo.

—Conforme. —Dolly señaló la puerta—. Ve al garaje; yo me cambiaré de ropa mientras tanto.

—Celebro que lo hayas comprendido —sonrió Dormond.

Y echó a andar hacia la puerta, pero ella lo llamó en el acto.

—Gordon…

—¿Sí?

—¿Qué pasa aquí? —dijo ella, repentinamente aprensiva—. Han muerto Robinson, Hwillings y Smuffs…

—Robinson y Smuffs, por accidentes casuales. En cuanto a Hwillings, se suicidó en presencia de testigos.

—Gordon, a veces siento pánico. ¿Y si fuese verdad lo del fantasma de tía Arabella?

Dormond soltó un resoplido despectivo.

—¡Tonterías! ¡Los fantasmas no existen! —Hizo un amplio ademán circular con el brazo—. Lo único que existe es todo esto… y podemos perderlo como no hagamos las cosas en debida forma.

—Si ese maldito doctor Sharkey no se hubiese «rajado» —dijo Dolly, furiosa.

—No sé qué demonios le pasó, pero me va a oír en cuanto le eche la vista encima —aseguro Dormond.

Abrió la puerta y salió. Barnes estaba en la habitación contigua, pegado al tabique, en el que había adosado un aparatito semejante al estetoscopio los médicos y que le había permitido oír el diálogo habido entre los dos hermanos. Guardó el aparato y se dispuso a continuar con su trabajo.

En cuanto a la cartera, desafiaba a Dormond a que la encontrase en su dormitorio.

CAPÍTULO VIII

Pisando de puntillas, Joyce recorrió el pasillo que permitía el acceso a las habitaciones de la servidumbre y llegó ante la puerta del dormitorio de Barnes. Miró a derecha e izquierda, se cercioró de que estaba sola y luego abrió.

Una vez al otro lado, corrió un pestillo que aseguraba la puerta por dentro. Luego paseó la mirada por el interior de la estancia.

Dado que estaba destinada al mayordomo, era más grande y estaba mejor decorada que las del resto de la servidumbre. Incluso disponía de baño individual.

Joyce torció el gesto. «Y yo tengo que compartirlo con Lulú…», pensó, enojada.

Acercándose al ropero, empezó a examinar el vestuario del joven. Encontró una billetera y estudió su contenido a fondo. Una ligera sonrisa apareció poco después en sus labios.

—Ya me las entenderé más tarde contigo, Austin Barnes —murmuró.

Luego se preguntó dónde podría encontrar el portafolios. Miró por todas partes, pero no encontró el menor rastro. Incluso se asomó a la cisterna del inodoro, pero allí no había nada.

Desanimada, se disponía a salir de la habitación, cuando, de pronto, reparó en la decoración de las paredes, forradas de paneles de madera hasta dos metros del suelo. Los paneles eran grandes, con molduras sencillas.

Empezó a golpear con los nudillos, lenta, paciente, metódicamente. De pronto, captó un sonido distinto.

Repitió los toques. Sí, allí, al otro lado, había algo.

Estaba prevenida. Metió la mano en el bolsillo de su uniforme, sacó un cuchillito e insertó la punta en la ranura existente entre dos

paneles. Al cabo de unos instantes, oyó un chasquido.

El panel saltó y casi se le cayó al suelo. La cartera apareció a la vista.

Joyce sacó el portafolios y lo abrió. Para no perder más tiempo, decidió que examinaría los documentos otro rato. Tras unos segundos de indecisión, acabó por guardarlos debajo de la ropa, sujetándolos con las gomas tensoras del sostén y de los pantalones de encaje. Aflojó un poco el uniforme y se sintió satisfecha al ver que no se notaba nadar.

Pero la cartera había quedado vacía. Pensó unos instantes y acabó metiendo una camisa doblada y unos cuantos pañuelos. Luego dejó todo tal como lo había encontrado.

Cuando se asomó al pasillo, no había nadie. Salió, cerró la puerta y anduvo con toda naturalidad hacia su habitación.

Apenas un par de minutos más tarde, Gordon Dormond se asomó al corredor y, al observar que estaba desierto, caminó rápidamente hasta la habitación del mayordomo.

Estaba seguro de que su hermana entretendría a Austin sobradamente, de modo que se tomó las cosas con tranquilidad. Al fin, encontró la cartera de mano.

Sonrió complacido. Sí, era su portafolios; allí estaba el pequeño arañazo en una de las esquinas, detalle que sólo se podía apreciar por el que lo conocía previamente. Austin se dijo, había sido muy listo, pero él lo era más. Siempre acababa siendo el más listo, pensó, rebosante de satisfacción.

Había preparado algo como desquite. Cuando el mayordomo abriese la cartera con los periódicos viejos, encontraría una cuartilla con un dibujo en silueta, de una cara, con una mano con los dedos extendidos y el pulgar apoyado en la nariz. Comprendería el mensaje, claro.

Para no entretenerse más, hizo el cambio de carteras y dejó la pared como estaba. Luego, salió del dormitorio y se encaminó a su habitación.

Abrió la ventana. Desde allí podía escuchar las voces provenientes del garaje.

—Ya está, señora; era una avería sin importancia.

—Para mí, tenía mucha, puesto que me impedía poner en marcha el coche —dijo Dolly.

—Naturalmente, señora. ¿Desea algo más de mí?

—Eso es todo, muchas gracias, Austin. Salvo que debe seguir pensando en la oferta que le hice.

—Sí, señora. Con su permiso…

Dolly subió al primer piso momentos después. Su hermano le enseñó la cartera con aire de triunfo.

—Recuperada —dijo.

—No ha estado mal, pero estaría muchísimo mejor si el maldito doctor Sharkey estuviese aquí —contestó Dolly.

—Luego iré a Hartwell y trataré de localizarle por teléfono. Sabes que tengo medios sobrados para hacerle volver aquí.

—Sí, pero ¿querrá venir? A mí se me antoja muy sospechoso que, habiendo llegado hasta el Cottage, se marchase sin querer pasar de la puerta y sin hablar con alguno de los dos. No sé, no lo encuentro natural, Gordon.

—Bueno, ya me dirá él algo por teléfono, aunque sea con frases de segunda intención. De momento, hemos recuperado la cartera, que no es poco.

—¿Y si ese maldito mayordomo ha examinado los papeles? Ahora sabe lo que había, Gordon.

—Eso no importa, porque no podrá probar nada. —Dormond empezó a soltar la presilla que aseguraba la tapa de la cartera—. Con los documentos de nuevo en nuestro poder, lo único que sucede es que tenemos que empezar otra vez.

De pronto se calló.

Dolly observó que se había vuelto lívido. Antes de que pudiera preguntarse la causa de su cambio de expresión, lo vio sacar de la cartera una camisa y unos cuantos pañuelos.

Al cabo de unos segundos, Dormond soltó una espantosa blasfemia.

—Te aseguro que me entran ganas de ir en busca de ese hijo de perra y decirle unas cuantas cosas…

Dolly extendió la mano vivamente.

—No lo hagas —prohibió—. Yo me encargaré de eso.

—¿Cuándo? —preguntó Dormond.

—Buscaré la ocasión propicia, es todo lo que puedo decirte. Mientras, tú podrías encargarte de hablar con Ed Foley, el de Soutwest Wood Farm. Es obvio que te diga que no querrá venir al

Cottage por nada del mundo…

—Está bien, iré mañana al mediodía.

—Hoy, Gordon —dijo ella firmemente.

Dormond tiró la cartera a un rincón; con gestó mal humorado.

—Hoy —cedió de mala gana.

* * *

Cuando ya finalizaba la cena, Dolly hizo una pregunta a la dueña de la casa.

—Tía, ¿por qué crees que Francis está aquí, contigo?

Arabella la miró pensativamente durante unos instantes. Barnes y Joyce estaban presentes en el comedor y aguardaron expectantes la respuesta de la anciana, mientras Dormond parecía concentrarse en el coñac de su copa.

—No lo creo —dijo Arabella al cabo—. Está aquí, conmigo, y me protege contra todos los qué quieren hacerme daño. ¿No es cierto que tú me proteges, Francis querido? —se dirigió a la silla vacía que, inevitablemente, había siempre en la mesa.

Dolly se mordió los labios.

—Entonces, Francis es tu fantasma —dijo.

—Los incrédulos nunca ven cosas que sólo los verdaderos creyentes pueden ver —respondió Arabella sibilinamente—. Joyce, muchacha, ¿quieres acompañarme a mi habitación?

—Sí, señora.

Arabella y Joyce desaparecieron. Barnes, impasible, puso más coñac en la copa de Gordon. Dolly se reclinó en el respaldo de su asiento y miró de hito en hito al mayordomo.

—Austin, usted, ¿qué opina? —inquirió.

—Sólo soy un sirviente, señora.

—Pero usted puede tener formada una opinión…

—La tengo, en efecto.

—Y, ¿cuál es?

—El respeto que debo a *miss* Pitt me impide expresa: la, señora. ¿Desean algo más los señores?

—No, gracias —contestó Dolly, chasqueada por la «in permeabilidad» de Barnes—. Gordon, no me has dicho aún qué tal te ha ido en tu entrevista con el señor Foley.

—No ha habido entrevista. Foley no estaba, pero he acordado con su mujer que iré a verle mañana a mediodía, tal como te dije antes.

Al cabo de un rato, el comedor quedó vacío. Cuando todo estuvo en orden, la casa quedó silenciosa. Barnes hizo un último recorrido, se cercioró de que puertas y ventanas estuviesen bien cerradas, apagó la mayoría de las luces, dejando sólo un par de lámparas en el vestíbulo, y se retiró a su habitación.

Se desvistió, poniéndose el pijama y luego la bata. A continuación, se sirvió una copa de coñac y se sentó en un butaca a leer un rato. Su mirada, sin embargo, resbalaba pe las páginas del libro, ocupada su mente en profundas reflexiones. Tenía muchas cosas que hacer, pero no quería dar u paso sin haber hablado antes con Fitzsimmons, cuyas informaciones juzgaba serian de máximo interés.

De repente, llamaron a la puerta.

Los golpes eran muy suaves, apenas perceptibles. Era evidente que la persona que llamaba no quería atraer la atención sobre sí misma.

Barnes se levantó y abrió. La silueta de Lulú se recortó en el umbral.

—Quiero hablar con usted —murmuró la sirvienta.

Barnes se apartó a un lado. Lulú estaba en bata y camisón, pero las zapatillas eran de tacón alto, detalle que el joven no dejó de apreciar.

—Estuve escuchando una conversación a los dos hermanos —informó Lulú—. Fue después de que usted le arreglase el coche a ella…

Barnes hizo un ademán, invitándola a continuar. Lulú relató cuando recordaba del diálogo habido entre los dos hermanos.

—Pero no he podido averiguar de qué documentos se trata ni dónde están ahora —finalizó su narración.

Barnes frunció el ceño.

—¿Has dicho que él sacó de la cartera una camisa y unos pañuelos? —preguntó.

—Al menos, eso es lo que escuché…

—Gracias, Lulú.

Señor Barnes…

—Dime —contestó él.

Lulú sonrió de un modo especial. Luego se quitó el cinturón y abrió la bata. El camisón era corto y transparente y no había más prenda de ropa sobre el cuerpo de contornos exuberantes.

—Vamos, hombre, anímese; no estoy tan mal —dijo con toda frescura.

—¿Qué diría el Silbador si lo supiese? —sonrió Barnes.

—Usted no se lo va a decir, ¿verdad?

—Lulú, hijita, estás como para comerte viva, pero yo no quiero compromisos. Y no me alegues que nadie se va a enterar, porque, primero, eso no es seguro y, segundo, no vas a conseguir que te mire de otra manera por ese procedimiento. Sabes lo que tienes que hacer, si quieres que cambié de opinión respecto a ti.

Ella se mordió los labios, despechada.

—Porque una haya pecado una vez, no significa que…

—Lulú, conozco muy bien tu historial y es más negro que el interior de un túnel, a la medianoche y sin luna. Pero puedes blanquearlo, y eso es cosa tuya; desde luego, sin necesidad de buscarme… las cosquillas.

—¿Es usted policía? —preguntó la joven de sopetón.

—Eso no te importa —dijo—. Anda, vete a dormir.

Lulú se marchó, chasqueada y furiosa en parte. Luego reflexionó fríamente y, empezó a pensar que, a lo mejor, Barnes tenía razón y era hora de que dejase a el Silbador, cuya compañía le había proporcionado más disgustos que beneficios. La única cualidad buena que tenía el Silbador era su prodigiosa resistencia en la cama, pero eso no iba a durar toda la vida. Y, ¿de qué le serviría un hombre apasionado, si luego acababan los dos en la cárcel?

Mientras, Barnes, preocupado por los informes que acababa de recibir, se dispuso a arrancar el panel donde había ocultado la cartera de mano. En el mismo instante, volvieron a llamar a la puerta.

CAPÍTULO IX

La aparición de Joyce en el umbral no le causó apenas sorpresa. Sonriendo, se apartó a un lado y dejó que ella entrase en la habitación.

—Esta es mi noche de suerte —comentó.

Joyce aspiró el aire con fuerza.

—Es perfume de zorra —dijo.

—La palabra zorra, ¿es empleada en sentido literal o lo ha dicho como una metáfora?

—Lo segundo, claro.

—Eso significa que tiene usted mucha experiencia en los perfumes que usan las zorras.

Atrapada en su propia trampa, Joyce se puso colorada hasta las orejas.

—Dejémonos de rodeos. Es lo que usted dice siempre, ¿no?

—La mejor política es hablar claro desde el principio, pero le recuerdo que ha sido usted la que ha venido a mi habitación y no yo a la suya. Por tanto, el interés en la conversación es suyo, señorita St. Swithin.

—Está bien. Sí, soy la hija de Ernest Frederick St. Swithin. ¿Adivina por qué estoy aquí?

Barnes sonrió.

—No. Dígamelo usted, por favor.

—Mi padre… bueno, la empresa de la que es presidente y accionista mayoritario, tiene interés en las tierras de Oaks Meadow. Está dispuesto a mejorar cualquier oferta que se haga a la propietaria, ¿comprende?

—*Miss* Pitt no quiere vender.

—Lo sé. Sin embargo, usted tiene cierto ascendiente sobre ella…

—Lo dudo mucho. Vinimos al Cottage a al mismo tiempo. Lo que usted pueda pensar acerca de esa pretendida influencia con *miss* Pitt no deja de ser una fantasía sin fundamento alguno.

—Entonces, ¿por qué se interesa usted tanto por los asuntos de la señora? ¿Qué todas esas idas y venidas, los cuchicheos misteriosos, los registros de habitaciones, los aparatos para escuchar conversaciones ajenas, y, en fin, mil cosas más, que le convierten a usted en un tipo muy sospechoso?

—¿Sospechoso de asesinato?

—¡No, por Dios! —exclamó Joyce—. En todo caso, sospechoso de… pertenecer a la competencia.

—Ah, usted teme que yo influya en *miss* Pitt para que no venda a determinadas personas y sí a las que yo le indique.

—Exacto. Por eso he pensado, quizá, que podríamos arreglarnos…

—Joyce, sobre el asunto de Oaks Meadow no hay ni podrá haber arreglo jamás —dijo él solemnemente.

Ella pareció quedarse desconcertada y le miró fijamente durante unos segundos.

—Señor Barnes; ¿quién es usted?

—El mayordomo, naturalmente.

—Eso no cuela —dijo la muchacha—. Usted es…

—A usted no le importa en absoluto mi personalidad. Y puesto que ha puesto sus cartas boca arriba, le anuncio que mañana informaré a *miss* Pitt que la he despedido.

Joyce se puso pálida.

—Usted no puede hacer eso…

—¿De veras? —Barnes sonreía tranquilamente—. ¿Qué piensa que dirá *miss* Pitt cuando conozca su verdadera personalidad?

Hubo un momento de silencio. Luego, ella le apuntó con el índice.

—Voy a decirle una cosa. Si me despide, no le diré algo muy importante que he averiguado respecto a los sobrinos de *miss* Pitt. En ese caso, la señora puede verse en un gravísimo apuro y usted tendrá la culpa.

Barnes reflexionó unos instantes. De pronto, recordó la camisa y los pañuelos que Dormond había encontrado en el portafolios y dedujo quién era el autor del cambiazo. Sonriendo, contestó:

—La sentencia queda en suspenso, Joyce.

—Gracias. Ahora, escúcheme bien…

Barnes la empujó hacia la puerta.

—Sé lo que me va a decir relativo a una declaración de presunta incapacidad legal por demencia senil, y también sé algo de unos documentos concediendo plenos poderes a los sobrinos de *miss* Pitt para administrar los bienes de la señora. Pero eso es todo, por ahora.

—Oiga, yo…

—Basta, Joyce —dijo él, tratando de ser paciente—. No insista más, se lo ruego.

—Por favor, sólo un segundo…

—Está bien, hable pronto. Ya tengo sueño, ¿comprende?

—¿No habría forma de llegar a un arreglo satisfactorio para todos?

—¿Por qué no vino su padre a tratar directamente del asunto?

Joyce suspiró.

—Ha estado aquí nada menos que tres veces y siempre se fue con las manos en la cabeza. Ya no sabía qué hacer y por eso se me ocurrió a mí emplearme como doncella, para averiguar de una vez por todas lo que sucede y tratar de entender la posición de *miss* Pitt. Si se conoce el pensamiento del adversario, se le puede combatir mejor… o retirarse, al ver que no se le puede derrotar.

—Una argumentación llena de lógica —calificó Barnes—. Pero es preciso esperar.

—¿Esperar… a qué?

—Hay algunas cosas que permanecen en el misterio y necesitan ser aclaradas. Pero ello no podrá ser sino hasta el lunes, cuando yo haya hablado con cierta persona que, espero, me dará valiosos informes sobre *miss* Pitt y sus ideas acerca de Oaks Meadow. Por el momento, no puedo decirle más, pero tendrá que conformarse con lo que ha oído. Si quiere seguir aquí, naturalmente.

—¡Claro que quiero! ¡Hasta el fin! —exclamó Joyce apasionadamente—. Gracias por no despedirme, señor Barnes. Le aseguro que, pase lo que pase, sabré agradecerle esta decisión. Incluso cerraré los ojos a cierta visita que le han hecho hace muy poco…

—No sea mal pensada. Lulú vino sólo a informarme.

—¿De verdad?

—Joyce, si Lulú hubiese venido por otros motivos, ¿habría encontrado usted esa cama vacía?

Barnes señalaba su lecho, que aparecía intacto. Joyce comprendió y se puso colorada hasta las orejas.

—Lo siento…

—Ha difamado a una compañera. Eso no está bien. Si ella supiese que está aquí ahora, conmigo, podría pensar lo mismo, ¿no cree?

—Pero yo…

—¿Es distinta a las demás mujeres?

—A veces, resulta usted odioso, Austin.

—«Señor» Barnes —corrigió él autoritariamente.

Joyce abrió la boca para decir algo, pero no pudo hablar, porque, en aquel mismo instante, se oyó en el piso superior un estridente alarido.

Era un grito de una persona acometida por una insuperable crisis de pánico. Barnes y Joyce se miraron un segundo, luego, ambos a una, echaron a correr hacia la puerta.

* * *

Dolly se arregló el rostro cuidadosamente, contempló su peinado, vio que el pelo estaba perfectamente y, para finalizar su tarea, se dio unos toques de perfume detrás de las orejas. En cuanto a la indumentaria, no podía ser más atractiva: encajes negros, debajo de un peinador con muchos metros de tejido transparente.

«Si esta vez no cae, tendré que pensar que es… de la otra orilla», se dijo, mientras lanzaba la última mirada al espejo que reflejaba por completo su figura.

Torres más altas habían caído, se dijo, y el mayordomo no podía ser una excepción. Barnes acabaría por sucumbir y entonces, ella le sacaría cuanto sabía… y también le haría decir dónde estaban aquellos documentos que les comprometían enormemente y que, además, por si fuese poco, ahora no les servían de nada.

Taconeó suavemente hacia la puerta. Abrió y escuchó unos instantes. No se percibía el menor sonido.

Luego dio un par de pasos fuera del dormitorio.

—Vuelve a tu habitación, Dolly.

—Gordon, quedamos de acuerdo en que lo haría —contestó ella, sin volver la cabeza.

—No te conviene, Dolly.

—Por todos los diablos…

—Deja a *miss* Pitt en paz, antes de que te ocurra algo peor.

—Dolly se volvió. Entonces, atónita, se dio cuenta de que no había estado hablando con su hermano.

Delante de ella, divisó una vaga silueta, como si la figura humana estuviese hecha de niebla, a través de la cual podía ver los objetos que había al otro lado. Era un ser incorpóreo, adivinó en el acto, y al mismo tiempo, comprendió de quién se trataba.

La figura vaporosa movió un brazo. Dolly no pudo contenerse y lanzó un estentóreo chillido de pánico.

Algo muy frío rozó su mejilla. Volvió a gritar, aullando literalmente y, de pronto, sintió que todo le daba vueltas alrededor y cayó al suelo sin conocimiento.

En la casa se produjo inmediatamente una enorme conmoción. Los habitantes del Cottage empezaron a salir de sus habitaciones.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quién chilla de esa manera?

—¿A quién han degollado?

Lulú vio juntos a Barnes y Joyce y abrió la boca, pero no pudo decir nada, porque ya el joven corría escaleras arriba. Cuando llegó al primer piso, Barnes vio a Dormond arrodillado al lado del cuerpo tendido de su hermana.

—Está muerta —declaró el hombre dramáticamente.

Barnes se sobresaltó. La cocinera oyó aquellas dos palabras y lanzó un agudo chillido de terror.

Lulú hizo la señal de la cruz maquinalmente. Joyce procuró dominar el temblor de sus miembros.

Barnes, más práctico, se arrodilló junto a la mujer. Tocó su muñeca y observó durante unos instantes. Luego meneó la cabeza.

—Ha sufrido un desvanecimiento —dijo—. Lulú, entre en el baño y vea si hay un frasco de sales. En caso contrario, traiga un vaso de agua.

—Sí, señor.

—Mi hermana desmayada… pero ¿por qué? —balbuceó

Dormond.

—Habrá visto al diablo —refunfuñó la cocinera.

Barnes levantó en brazos a Dolly y pasó al dormitorio. Dormond le siguió y Joyce entró tras él.

Dolly quedó sobre la cama. Barnes se volvió hacia la muchacha.

—Joyce, asómese a la habitación de *miss* Pitt —ordenó—. Los gritos de la señora Faversham la habrán despertado, seguramente. Procure tranquilizarla y dígale que no ocurre nada grave.

—Bien, señor Barnes.

Lulú vino con un frasco de sales y un vaso de agua. Barnes se ocupó de hacer que Dolly recobrase el conocimiento. Mientras, Joyce se asomaba al dormitorio de Arabella.

La anciana dormía plácidamente. Joyce observó su respiración tranquila y sosegada, pero también vio que una suave sonrisa lucía en su rostro.

Era mejor no despertarla. Si no había oído nada, no había motivos para alarmarla, por lo que emprendió una silenciosa retirada.

Sin embargo, cuando llegaba a la puerta, oyó la voz de Arabella, que parecía un suave susurro:

—Gracias, Francis… Has hecho, simplemente, lo que debías…

Joyce se detuvo un momento, con la mano en el picaporte. Escuchó un poco más, pero Arabella ya no añadió una sola palabra.

Estaba soñando con el hombre muerto sesenta años antes y cuyo recuerdo no se había borrado aún de su mente. Joyce compadeció íntimamente a la anciana. Había podido disfrutar de una existencia feliz, junto al hombre amado, pero la muerte había cortado en flor sus ilusiones, dejándola solamente el melancólico recuerdo de unos pocos momentos de felicidad.

Casi se echó a llorar. Procurando esforzarse, consiguió calmarse, recobrar la serenidad, abandonando el dormitorio a continuación.

Dolly recobraba el conocimiento en aquel instante. Abrió los ojos y lanzó un chillido.

—¡El fantasma! ¡He visto el fantasma!

Dormond respingó.

—Dolly, por favor…

—Te juro que es verdad… Lo he visto, me habló…

—¿Si? —intervino Barnes—. Y ¿qué le dijo?

Dolly se incorporó sobre un codo y le miró con ojos casi fuera de las órbitas.

—Austin…

Pero, de pronto, se dejó caer de nuevo sobre las almohadas y meneó la cabeza.

—No puedo repetir lo que me ha dicho. Es… algo muy personal…

Lulú se acercó entonces a una consola, en donde había un par de botellas y algunos vasos. En uno de los vasos había restos de licor todavía. Una de las botellas aparecía mediada, con el tapón a un lado.

Barnes miró en aquella dirección. En el rostro de Lulú había una expresión inconfundible.

Dormond lo advirtió y lanzó un reniego.

—Sé te fue la mano en la botella, maldita sea, Dolly —gruñó.

—¡No es verdad! —protestó la mujer.

—No es ningún pecado tomarse un traguito de cuando en cuando —dijo Barnes, apaciguador—. Sin duda, la señora se durmió, sufrió una pesadilla y salió del dormitorio en estado de sonambulismo. Cayó al suelo y… creo que ya está bien y lo único que le conviene es volver a dormirse. Señor Dormond, procure que su hermana tome un sedante; mañana por la mañana, se encontrará completamente bien.

Dormond asintió. Barnes agitó los brazos y sacó de la habitación a las restantes mujeres.

—Vamos, acuéstense; las pesadillas de la señora Faversham no deben impedir que nos levantemos mañana temprano —dijo.

Cuando salían, aún tuvieron ocasión de oír la voz de Dolly, que protestaba estridentemente:

—Te lo juro, Gordon. Ni he bebido ni tuve ninguna pesadilla. Vi al fantasma, tan bien como, te estoy viendo a ti…

Lulú volvió a santiguarse.

—¡Jesús, un fantasma en esta casa! ¡Lo que nos faltaba! —exclamó.

—Los borrachos siempre ven cosas raras —dijo Tina sentenciosamente—. Y, al menos en esta ocasión y sin que pretenda criticarla, la señora Faversham se le fue la mano en la botella. Tal vez no se dio cuenta; a veces pasa…

—Usted tiene mucha experiencia, ¿eh, señora Jackson? —dijo Lulú con cáustico acento.

Joyce se encaró con el joven.

—Señor Barnes, ¿cree posible que la señora Faversham haya visto un fantasma?

—Sí, seguramente, sí; el fantasma de su mala conciencia —contestó Barnes con grave acento.

CAPÍTULO X

—Me pareció haber oído gritos esta noche —dijo Arabella, a la mañana siguiente.

—La señora Faversham tuvo una pesadilla y creyó que había visto algo real —informó Joyce, mientras servía el desayuno—. Gritó mucho y eso nos sobresaltó a todos, pero, afortunadamente, no fue nada.

—Vaya, mi sobrina con pesadillas —dijo la anciana burlonamente—. Con lo práctica que es, enemiga de todo lo que no pueda ver y tocar…

—Al menos, eso es lo que dijo, señora —contestó la muchacha.

Barnes entró en el comedor en aquel momento.

—Buenos días, señora. ¿Ha descansado bien la señora?

—Perfectamente, gracias, Austin. Pero Joyce me estaba informando sobre cierto incidentes que han ocurrido durante la noche.

—No han tenido ninguna importancia, señora. La señora Faversham…

—Sí, sí, ya lo sé —cortó Arabella—. Tuvo una pesadilla. Seguramente, producto de una mala digestión o… —lanzó una risita —, de su mala conciencia.

Joyce se sobresaltó ligeramente. *Miss* Pitt coincidía con el mayordomo. Al mirar a Barnes, le vio impasible, inexpresivo.

Dolly entró en aquel momento. Estaba pálida, ojerosa.

—Buenos días —saludó cortésmente—. Tía, perdóname el retraso, pero he pasado una noche infernal.

—Viste al fantasma, ¿no?

Barnes frunció el ceño. El fantasma no había sido mencionado en ningún instante y, sin embargo, Arabella lo sabía.

Joyce no se sentía menos sorprendida. Dolly se sentó a la mesa y trató de sonreír.

—Ahora me doy cuenta de que tuvo que ser una alucinación —dijo—. Pero anoche, creía firmemente…

—Sólo las personas con la conciencia sucia ven cosas desagradables, como fantasmas, espectros y cosas por el estilo —contestó Arabella sentenciosamente—. ¿No es cierto, Francis?

Una vez más, la anciana volvía a hablar con aquel invisible personaje, cuya presencia flotaba impalpable y constantemente en aquel ambiente. Barnes comprendió que los sobrinos de Arabella quisieran obtener una declaración de incapacidad legal, por demencia senil o cualquier otra causa relacionada con el estado de su mente.

—Por cierto —preguntó Arabella de sopetón—, ¿dónde está tu hermano, Dolly?

—Salió muy temprano de casa. Tenía que hacer una visita. Asuntos de negocios, tía.

—Asuntos de negocios, en domingo, el día del Señor —resopló la anciana—. ¿Es que Gordon no sabe que trabajar en domingo es pecado?

—Claro que lo sabe, pero tenía que hacer esa visita… No está dándole al pico y a la pala o conduciendo un camión de carga…

—Has dicho una visita de negocios, ¿verdad?

—Sí, tía —contestó Dolly con gesto hastiado.

—Y los negocios implican dinero, y el dinero sólo se gana trabajando, ergo… está cometiendo pecado.

Dolly apretó los labios. Estuvo a punto de dar una respuesta desabrida, pero logró contenerse y se concentró en el plato. Barnes y Joyce cambiaron una mirada, serios, pero riéndose por dentro.

Sin embargo, Barnes se sentía preocupado, porque no sabía qué clase de negocios podían atraer la atención de Dormond en aquellos momentos y, menos aún ignoraba el nombre de la persona con la que había ido a encontrarse en aquella mañana de domingo.

* * *

Se llamaba Ed Foley y estaba muy ocupado en el cobertizo, tapando todas las posibles grietas y junturas con masilla, mientras hablaba

con el hombre que había ido a visitarlo.

—Hago todo lo que puedo —dijo Foley desabridamente—. ¿O acaso piensa que voy a ponerle una pistola en el pecho a la vieja, para que consienta en vender este trozo de terreno?

—Se le hizo un importante préstamo, señor Foley —manifestó Dormond—. Es decir, si lo recuerda…

—Lo recuerdo, lo recuerdo, como que no se me quita de la cabeza ni de noche ni de día. Pero hay veces en que pienso que no debería considerarlo como un préstamo, sino como una gratificación. Y usted conoce muy bien los motivos, ¿verdad?

El rostro de Dormond se atirantó.

—Ustedes no se lo pensaron mucho, cuando les fue propuesto —respondió.

—A uno le gusta siempre ser dueño de la tierra que trabaja. Por eso lo hicimos, confiando en que un día la vieja acabaría por ceder, pero se mantiene firme como una roca. No sé cómo podremos convencerla… ni siquiera si lo conseguiremos algún día.

Foley puso un poco más de masilla en una ranura y añadió:

—Me siento aprensivo, maldita sea. A veces pienso si esa historia del fantasma será real… Robinson, Hwillings y Smuffs Han muerto ya… y sólo quedo yo…

—Fueron accidentes y un suicidio. Usted es un hombre cuidadoso y ni tiene intenciones de suicidarse ni dejará que se produzca ningún accidente.

—Eso espero —contestó Foley—. Pero si usted, que es el sobrino, no hace un poco más… A fin de cuentas, nosotros hicimos lo más duro. ¿O no, señor Dormond?

—Lo reconozco, pero también tiene que admitir que recibieron lo suyo. Y todavía tendrán más, cuando ella haya vendido. La verdad es que teníamos un buen plan, que no podía fallar, pero un maldito entrometido lo echó todo a rodar.

—Entonces, el plan falló —respondió Foley cáusticamente.

—Bueno, volveremos a intentarlo. Es cuestión de un poco de paciencia, pero usted también, debe poner algo de su parte. ¿Cuándo irá a verla?

—¿Le parece bien mañana?

—Estupendo.

Dormond sacó un paquete de tabaco, pero Foley hizo un vivo

ademán.

—No fume aquí —exclamó.

—Esto es sólo un cobertizo vacío —se extrañó Dormond.

—Lo sé, y antes fue un gallinero, pero los animales murieron de la peste aviar. Voy a fumigarlo con cianhídrico, para que quede completamente desinfectado.

—Diablos, el gas de la cámara de ejecuciones…

—Eso mata a todo bicho viviente —rió Foley.

Dormond volvió a guardar el tabaco.

—Bueno, ya hemos hablado bastante. Espero verle mañana en Hookey Cottage —se despidió.

Asió el pomo de la puerta, abrió y volvió a cerrar después de salir. Fue un golpe relativamente violento y una aldabilla metálica que había en el exterior, para asegurar la puerta, cayó y se ajustó por sí sola.

La máquina que iba a producir el gas estaba ya preparada. Sólo hacía falta tocar un interruptor para que empezase a funcionar. Foley comprobó todo y luego bajó el interruptor.

Inmediatamente, corrió hacia la puerta, conteniendo la respiración. El gas que salía con cierta potencia, convertido en un vapor blanquecino, se expandía con rapidez. Foley oyó aquel siniestro siseo y movió el pomo.

La puerta no se abrió. Foley maldijo entre dientes.

Volvió a insistir. Era una puerta sólida y, por alguna razón que desconocía, no se podía abrir.

Contuvo la respiración, mientras repetía los esfuerzos. El gas inundaba rápidamente el cobertizo, se dio cuenta repentinamente, lleno de pánico.

Era preciso contener la respiración, pero había hecho antes ciertos esfuerzos y necesitaba aire. Sacó un pañuelo y se lo puso ante la nariz. En todo caso, rompería el cristal de alguna ventana…

Una vaharada de gas le envolvió pronto, retorciéndose en torno a su cuerpo como si fuera una serpiente de enormes dimensiones. En aquel instante, Foley creyó ver aparecer un rostro entre las volutas de gas letal.

El sobresalto le hizo abrir la boca. Pese a la protección del pañuelo, un golpe de gas penetró hasta sus pulmones. La cabeza empezó a darle vueltas.

La máquina, impasible, inhumana, continuaba vomitando chorros de cianhídrico. Foley se dijo por qué no había tratado de desinfectar el gallinero por un procedimiento menos virulento. Una vez más intentó contener la respiración, pero el gas empezaba ya a hacer sus efectos.

Desesperadamente, trató de abrir. Los vidrios estaban relativamente altos. Al ver que no podía salir por la puerta, caminó hacia una de las ventanas. Pero su paso era ya inseguro y el cianhídrico actuaba con mortífera rapidez.

De pronto, le fallaron las fuerzas y cayó al pie de la ventana. Vio un viejo ladrillo a poca distancia y alargó el brazo. Si pudiera lanzarlo contra los cristales…

Sus dedos rozaron el ladrillo y eso fue todo lo que pudo hacer. Ya tenía los pulmones llenos de gas.

* * *

Era terriblemente viejo y parecía que iba a cumplir doscientos años al día siguiente. Sin embargo, ofrecía un aspecto notablemente despejado y sus ojos aún brillaban detrás de los lentes que la edad había hecho indispensables para su visión.

Duncan Fitzsimmons estaba sentado en un sillón, no lejos de una chimenea con el fuego encendido.

—Ya no soy un jovencito —se lamentó—. En mis buenos tiempos, apenas si se encendía la chimenea en casa, salvo en la época más dura… Pero los años no perdonan, muchacho.

—Usted se conserva aún en buena forma —sonrió Barnes—. Ya me gustaría a mí verme como usted, cuando tenga sus años.

—No me adule, joven. La verdad es que estoy hecho un cascajo y… Mira que prohibirme hasta el licor. Señor, pero si no tomaba más que una copita de cuando en cuando… Y menos mal que el médico me permite una pipa o dos al día…

Fitzsimmons empezó a cargar la pipa, que parecía haber sido comprada el mismo día de su nacimiento. Barnes miró a derecha e izquierda y luego sacó algo de su bolsillo.

—Los médicos no saben qué hacer para amargarnos la vida —dijo—. ¿Qué le parecería si tomamos un traguito juntos, señor Fitzsimmons?

Los ojos del anciano chispearon.

—Señor Barnes…

—Austin, por favor.

—Bueno, Austin, suele decirse que los ángeles no tienen sexo, pero en estos momentos estoy viendo delante de mí a un ángel varón —dijo Fiztsimmons con una risita maliciosa—. ¿Cómo has sabido que me gustaría…?

—Lo supuse, simplemente. Aunque el médico no se lo hubiese prohibido, una acción más bien indigna, si me permite decirlo así, al menos sabía que le gustaría tomar unos sorbos de buen *brandy*. Ande, beba un poquito y alégrese la vida.

Fitzsimmons hizo chasquear la lengua varias veces. Después, encendió la pipa y se arrellanó en el sillón.

—Y ahora, muchacho, suéltalo de una vez —sonrió, sujetando la pipa con los dientes—. ¿Qué es lo que quieres que te diga?

—Todo. Usted conoció a Francis McDuff y sabe lo que ocurrió hace sesenta años.

El anciano suspiró.

—Lo sé muy bien y la verdad es que yo también anduve cortejando a Arabella. Pero ganó Francis.

—Y murió muy joven.

—Hombre, ya tenía veintiséis años… Es una historia que ahora resulta conmovedora, pero entonces fue algo trágico… ¿Sabías que el padre de Arabella se oponía rotundamente a las relaciones de la muchacha con Francis?

—No, no lo sabía. Pero ¿por qué se oponía?

—Sencillamente, Francis era pobre como las ratas. Además, estaba delicado de salud, a causa de los padecimientos sufridos durante la guerra. Pero hubiera podido recuperarse, si no hubiera sido por la terrible paliza que le propinó el padre de Arabella. Le rompió varias costillas y una rozó el pulmón más enfermo. Eso resultó definitivo.

—¿Lo supo ella?

—Se enteró después, cuando ya Francis había muerto. Pero entonces se enteró también de otra cosa.

—¿Qué, señor Fitzsimmons?

—Iba a tener, un niño. ¿Se imagina lo que hubiese hecho el padre de Arabella de haberlo sabido?

—Habría sido capaz de matarla —supuso Barnes.

—Sí, desde luego. Pero entonces, Arabella, quizá por primera vez en su vida, sacó a relucir su genio y se marchó del Cottage durante una temporada. Volvió sola, sin el chico, que había dejado al cuidado de personas de su confianza. Entonces, le contó todo a su padre y hasta le desafió a que le echase de casa, si se atrevía. El señor Pitt se acobardó también por primera vez y no se atrevió a decirle nada.

—Creo que el viejo se había dado cuenta ya de la enormidad cometida y empezaba a arrepentirse, pero Arabella, a fin de cuentas, también tenía su genio y después de contarle lo del niño, le hizo una promesa. Y la cumplió.

—¿Qué promesa? —inquirió Barnes.

—Dijo a su padre que jamás volvería a dirigirle la palabra mientras viviese. Y así sucedió, y aún más: cuando el señor Pitt murió, ella ni siquiera fue al entierro ni a los funerales.

—En tal caso, se puede deducir que el padre de Arabella mató a Francis.

—Para mí, no hay duda alguna al respecto —contestó Fitzsimmons.

—Muy bien. ¿Qué fue del niño después?

El anciano sonrió.

—A ti te interesa mucho saber el resto de la historia, ¿verdad?

—Así es, señor —admitió Barnes.

—Y yo conozco los motivos.

—¿Cómo?

Fitzsimmons suspiró otra vez.

—Hijo, los años, si quitan salud, dan experiencia y supe quién eras apenas te vi entrar por la puerta —respondió.

CAPÍTULO XI

Cuando salió de la casa del anciano, Barnes tenía la mente llena de mil ideas contradictorias. Pero, en el fondo, todo empezaba a tener un aspecto mucho más lógico.

—Excepto por una cosa —murmuró:

—¿Decía…?

Barnes se sobresaltó. La voz de Joyce acababa de sonar a su lado, sin que se hubiera dado cuenta de la presencia de la muchacha, hasta que la oyó preguntarle lo que estaba diciendo. Entonces advirtió también que había estado hablando en voz alta.

—¿Qué hace usted en el pueblo? —preguntó.

—Había poco trabajo. Pedí permiso para asistir a los oficios del domingo.

—Yo diría mejor que trató de seguirme —rezongó él, con el ceño fruncido.

—No es un pecado, que yo sepa —contestó ella desenvueltamente.

—Es una falta, que puede tener su castigo, Joyce.

—Muy bien, aceptaré ese castigo, pero usted ha de contarme lo que ha estado haciendo en casa del señor. Fitzsimmons.

Barnes había caminado unos pasos, a fin de acercarse al coche en que había viajado hasta Hartwell. De pronto, se detuvo y volvió la cabeza para contemplar a la muchacha.

Joyce llevaba la misma indumentaria que el día de su llegada, incluido el sombrerito redondo. Ofrecía un aspecto gracioso, lleno de juventud y frescura.

—¿Y bien, señor Barnes?

—Joyce, ¿se da cuenta de su posición?

Ella se puso las manos en las caderas.

—Señor Barnes, ¿por qué no destapamos las cartas de una vez? Usted sabe perfectamente quién soy yo y qué hago en el Cottage. ¿Por qué no se explica usted con toda claridad?

—La envió su padre, para explorar el terreno y conocer las razones por las cuales *miss* Pitt se niega a vender Oaks Meadow, ¿no es cierto?

—Ahora ya no tengo motivos para negarlo. Sí, es cierto, pero, dígame, ¿quién es usted realmente?

—Por el momento, me niego a contestar esa pregunta. Sin embargo, accederé a explicarle parte de la conversación que he tenido con el señor Fiztsimmons.

—¿Y por qué no toda?

—Porque no me conviene, y usted deberá conformarse con lo que yo le diga o resignarse a que me calle. Elija.

Joyce suspiró.

—Está bien, hable —accedió.

Barnes le hizo un sucinto relato de lo que le había contado el anciano, absteniéndose de contar algunos detalles qué, por el momento, le interesaba mantener en secreto. Cuando terminó, Joyce se sentía asombrada y, al mismo tiempo, muy impresionada.

—Una historia realmente emocionante —comentó—. Yo creí que esas cosas ya no sucedían…

—Algunas sucedieron hace nada menos que sesenta años.

—En la inmensidad cósmica, menos que una millonésima de millonésima de segundo. En nuestras medidas, toda una vida —dijo ella melancólicamente.

—Así es, aunque todavía ignora usted la razón fundamental por la cual *miss* Pitt no quiere vender.

—Usted me lo va a decir ahora, ¿verdad?

Barnes sonrió.

—Con mucho gusto —dijo, a la vez que abría la portezuela del coche—. Suba, por favor.

Ella entró en el coche. Barnes se acomodó tras el volante y dio el contacto. En el momento de arrancar, Joyce hizo una observación:

—Señor Barnes, cuando salía de la casa de Fiztsimmons, usted dijo, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta, algo sobre «excepto una cosa». ¿A qué se refería?

El motor se puso en marcha. Barnes embragó y movió la palanca

de cambios.

—Quería decir que el asunto empezaba a tomar un aspecto verdaderamente lógico, salvo por una cosa: el fantasma.

—¿Cree usted en el fantasma, señor Barnes?

—¿Y usted?

—A veces pienso que sí… Dolly Faversham dijo haberlo visto…

—Joyce, hay cosas que no tienen ni tendrán jamás explicación. Yo no creo en los fantasmas, pero existen, ¿me entiende usted?

—Sí, completamente —sonrió la muchacha—. Pero la pobre *miss* Pitt, hablando constantemente con Francis…

—Es una manía inofensiva, como habrá podido comprobar, sobre todo, ahora que usted tiene en su poder los documentos que había en el portafolios de Dormond.

—¿Cómo sabe que los tengo yo?

—Compré una cartera igual, la llené con periódicos viejos y le di el cambiazo a Dormond. Luego, éste y su hermana idearon el truco del coche averiado, para tener el campo libre y registrar mi habitación. Encontré mi cartera con una camisa y unos pañuelos.

—Los pondrían ellos…

—No, fue usted. Dormond advirtió el truco y bajó a mi habitación con la cartera que yo había comprado. Encontró la suya, pero los documentos no estaban, cosa que advertiría en su habitación. A mí me faltaban una camisa y unos pañuelos, por lo que es fácil deducir quién los puso de relleno. Dormond dejó mi cartera, con periódicos, y una cuartilla con un dibujo que representa un hombre haciendo un gesto de burla con la mano.

—Eso no es una prueba…

—Usted se perfuma demasiado. Percibí ese perfume al regresar a mi habitación.

—Lo tendré en cuenta para la próxima ocasión que registre su dormitorio —dijo la muchacha alegremente.

—¿Ha escondido bien los documentos?

—Están en un lugar mucho más seguro que el que usted ideó.

—Muy bien, siga guardándolos. Así habrá comprendido cuáles eran las intenciones de los sobrinos de *miss* Pitt, ¿verdad?

—Cierto —admitió Joyce—. Oiga, el médico al que aguardaban, ¿era el que iba a certificar su debilidad mental?

—Era un impostor. Yo lo eché del Cottage.

—¿Cómo sabía que era un impostor?

Barnes detuvo de pronto el coche. Habían llegado a un punto relativamente elevado del camino, desde el que se divisaba una gran extensión de terreno.

—Bájese —ordenó.

Joyce obedeció. Barnes la agarró por un brazo y la llevó al borde del camino. Ella contempló la suave llanura, con una leve concavidad en el centro, rebosante de verdor y con infinidad de árboles, en la que se advertían aquí y allá, las manchas blancas de algunas casas, muy separadas sin embargo.

—Joyce, destruir esto para montar una factoría de la empresa de su padre sería un sacrilegio, una blasfemia contra la naturaleza —dijo él gravemente—. Por eso no permitiré que nadie cause el menor daño a *miss* Pitt y estaré a su lado en este asunto, aunque llegue a costarme la vida.

Ella se volvió y le dirigió una mirada escrutadora.

—Señor Barnes, de una vez por todas, dígame: ¿quién es usted? —preguntó.

—El nieto de *miss* Pitt —respondió él solemnemente.

* * *

Durante unos segundos, Joyce permaneció en silencio, estupefacta por la revelación que acababa de escuchar. Pero antes de que pudiera decir algo, se oyó a lo lejos el sonido metálico de la sirena de un coche policial.

Barnes se volvió. El coche apareció a la salida de una curva, a unos doscientos metros de distancia. Sobre el techo se veían los destellos de luz azul.

El joven hizo señas con la mano y el coche se paró junto a ellos.

—¿Sucede algo grave? —preguntó.

—En el Cottage, no, señor —contestó el sargento Hancock—. Ha ocurrido en Soutthwest Farm. El colono, Ed Foley, ha muerto, parece que asfixiado por una grave imprudencia, al intentar desinfectar con cianhídrico un gallinero afectado por la peste aviar. Dispensen, tenemos prisa…

El automóvil policial reanudó su marcha. Joyce se volvió hacia el joven y apreció una honda arruga en su frente.

—Foley —dijo Barnes—. El cuarto miembro del clan… Aunque había un quinto que, si bien suministró la idea, no intervino directamente en el asunto.

—¿Qué asunto, Austin? —preguntó Joyce, terriblemente intrigada.

—La muerte de Jerry McDuff, mi hermano.

—Entonces, usted se llama Barnes…

—Es mi apellido materno y usted seguirá usándolo, hasta que yo se lo indique, ¿estamos?

—Sí, señor, como usted ordene.

—Bien, volvamos al Cottage. Presiento que los acontecimientos se van a precipitar. Antes de que termine el día, puede que todo haya quedado resuelto.

El automóvil se puso nuevamente en marcha. Joyce se sentía abrumada por la revelación de que había sido objeto, aunque presentía que todavía le faltaban detalles por conocer. Pero la declaración de Barnes la había dejado en un estado próximo a la estupefacción y casi sin capacidad de reacción.

De pronto, hizo una pregunta:

—Señor Barnes, ¿dónde está su padre?

—Murió el año pasado. Vivía en Australia, con nosotros. Nunca pudo rehacerse de la pérdida de Jerry. Yo seguí allí, hasta que, una vez muerto mi padre, vi que nada me retenía, liquidé los negocios y decidí venir a establecerme a Inglaterra. Pero antes de hacer nada, quise averiguar qué le había pasado a mi hermano.

—Y ha estado investigando durante todo este tiempo.

—Así es: personalmente y también por medio de una reputada agencia de detectives, que me ha proporcionado valiosa información sobre los sobrinos de *miss* Pitt y asimismo sobre el resto de la servidumbre.

—Y ahora, ¿qué hará, Austin?

—Desenmascarar a los culpables y finalizar el caso. —Barnes hizo un gesto con la cabeza—. Es curioso; a veces pienso que el fantasma de mi abuelo Francis ha tenido una notoria intervención en el asunto.

—¿Por qué lo dice, si no cree en fantasmas?

—Porque ya han muerto los cuatro hombres que se conjuraron para asesinar a Jerry —contestó él sombríamente—. Y, repito, yo no

creo en fantasmas, pero parece como si el fantasma de Francis hubiese tenido alguna intervención en esas muertes.

—Es posible —murmuró Joyce, muy impresionada—. Cuesta mucho creer en fantasmas, pero cuando se producen ciertos hechos inexplicables… entonces se llega a dudar y… ¿Qué es lo que piensa hacer ahora, Austin?

—Voy a tender una trampa a los culpables, porque si bien esos cuatro desgraciados fueron los autores materiales del crimen, otra persona, por lo menos, fue la autora de la idea y debe pagar como si realmente hubiese apuñalado a mi hermano —dijo Barnes con acento lleno de resolución.

CAPÍTULO XII

Llegaron a la casa y se cambiaron de ropas. Luego actuaron como si nada hubiera ocurrido y sirvieron el almuerzo, que se desarrolló en cierta atmósfera de tensión, que no podía pasar inadvertida. *Miss* Pitt parecía la única persona tranquila de toda la casa y, cuando terminó, dijo que iba a echarse su acostumbrada siestecita en el saloncito particular.

Joyce acompañó a la anciana. Dormond y su hermana quedaron en el comedor, haciendo la sobremesa. Barnes les sirvió el café y los licores y luego se retiró discretamente. Pero, sin que se dieran cuenta, dejó entreabierta la puerta del comedor.

La muchacha regresó poco después. Barnes le hizo una señal y ella se acercó.

—Ya tengo todo listo, Joyce.

—¿Sí, señor Barnes?

—En efecto. He conseguido averiguar dónde está enterrado el pobre Jerry. Esta noche iré allí para extraer la prueba de la culpabilidad de ciertas personas que, aunque no tomaron parte directa en el asesinato, fueron las que lo idearon y empujaron a otras a cometer ese repugnante crimen.

—¡Asombroso! —exclamó la muchacha—. ¿Puede decirme de qué prueba se trata, señor Barnes?

—No hay inconveniente. Poco antes de morir, Jerry me escribió, diciéndome que había descubierto una conjura para asesinarlo y me daba los nombres de todos los complicados en el asunto. También me decía que se guardaba una copia de la carta y que la llevaría en el forro de la ropa constantemente, incluso cada vez que se cambiase de traje. Eso lo hacía para el caso de que yo no llegase a tiempo, ¿comprende?

—Entonces, esa copia de la carta fue enterrada con Jerry.

—Así es, y esta noche, cuando todos duerman, iré a buscar la carta.

—¿Quiere que le acompañe, señor Barnes?

—¿No le asustará verme cavar una tumba a medianoche?

—Procuraré esforzarme para no impresionarme demasiado.

—Muy bien, de acuerdo. Ahora siga trabajando y actúe como si todo funcionase normalmente. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor Barnes.

De pronto, Joyce se dio cuenta de que la puerta del comedor estaba entreabierta y alargó la mano para cerrarla, pero el joven fue más rápido y agarró su muñeca, a la vez que ponía el índice sobre los labios, como recomendándole silencio. Ella comprendió entonces y movió la cabeza en señal de aquiescencia.

Joyce se retiró a la cocina. Barnes se marchó a su habitación. En el comedor, Dormond estaba terriblemente pálido. Dolly no aparecía menos preocupada.

—¿Has oído, Dolly?

—Sí. Ese tipo no me engañó nunca… Se parece demasiado a Jerry. Pero; ¿qué vas a hacer ahora, Gordon?

—Te lo diré ahora mismo: desenterrar a Jerry, buscar la carta y quemarla. Iré en cuanto se haga de noche, no quiero que ese maldito mayordomo se me anticipe, ¿comprendes?

—Eso quiere decir que tú sabes dónde está la tumba de Jerry.

—Sí, me lo dijo Foley hace unas cuantas semanas. No te preocupes, no encontrarán nada. Puede que perdamos un magnífico negocio, pero salvamos el pellejo.

—Lo salvas tú; a mí no me pasaría nada…

—Si apareciese esa carta, sufrirías muchas molestias. Mejor que la destruyamos, ¿comprendes?

—Muy bien. Entonces, te acompañaré, si no tienes inconveniente.

—Será una tarea desagradable, Dolly.

—Es peor ir a la cárcel para unos cuantos años —contestó ella fríamente.

* * *

Los hermanos no asistieron aquella noche a la cena. Dormond dio la excusa de un fuerte dolor de estómago. Dolly dijo que tenía jaqueca. Barnes no se dejó engañar y llamó a Lulú.

—Tú servirás la cena a *miss* Pitt. No te separes de ella para nada, ¿entendido?

—No entiendo nada, pero haré lo que usted me mande —contestó la doncella.

—Gracias. ¿Joyce?

—Estoy dispuesta, Austin.

Lulú parpadeó al apreciar el tratamiento que se daban el mayordomo y la otra criada, pero presintió que tenían graves motivos para actuar de aquella manera y decidió abstenerse de hacer comentarios. Los argumentos de Barnes habían empezado a hacer mella en su ánimo y estaba pensando en romper para siempre con el Silbador. El empleo de doncella no era el que más le gustaba, pero había otros peores, mucho menos seguros y con una forma de trabajo infinitamente más desagradable. Se quedaría en el Cottage, decidió finalmente.

Barnes y Joyce salieron poco después de la casa, vestidos con ropas apropiadas. El joven conocía aproximadamente la dirección que habían llevado los dos hermanos y caminó con seguridad a través de los campos. Media hora más tarde, oyó el ruido de unas herramientas que golpeaban en el suelo.

—Silencio, Joyce…

Dormond y su hermana estaban al otro lado de un alto seto. Barnes dio la vuelta y vio un farol en el suelo. Dormond, en mangas de camisa, cavaba furiosamente.

Barnes se sintió acometido por una oleada de cólera. Allí había sido enterrado su hermano, asesinado por cuatro sujetos ambiciosos, pero que, sin embargo, habían sido meros juguetes en las manos de una pareja de desaprensivos. No obstante, hizo un esfuerzo y consiguió dominarse.

Avanzó un par de pasos.

—No se moleste en seguir cavando, Gordon. La carta no existe —dijo.

Dormond tiró el pico y se volvió, a la vez que lanzaba un rugido de ira. Dolly lanzó un grito.

—¿Qué está diciendo, Barnes? Pero, sobre todo, ¿qué hace aquí,

fuera de la casa…? —aulló Dormond.

—Déjese de comedias, Gordon. Usted sabe de sobra quién soy yo. No lo sabía cuándo vino a esta casa, dispuesto a concluir el plan que no pudo ejecutar hace cinco años. Tengo los documentos que usted había preparado, incluso los falsos certificados que debía firmar el impostor que se hace pasar por el doctor Sharkey, a fin de internar a *miss* Pitt en una casa de salud mental. Y también los documentos que les concederían a ustedes plenos poderes sobre los bienes de Arabella, a fin de poder vender cuanto quisieran y cuando les apeteciera, pero muy en especial, Oaks Meadow. ¿Van a negarlo ahora, después de lo que estoy viendo?

—Así que usted es hermano de Jerry —dijo Dolly, que ya se había recuperado en parte de la sorpresa inicial.

—Y nieto, por tanto, de *miss* Pitt. En un principio, ustedes creyeron que podrían heredarla, como únicos parientes, hijos de su hermana, pero esas ilusiones se desvanecieron cuando apareció un nieto, heredero en línea directa de la dueña de Oaks Meadow. La única solución estribaba en quitarlo de en medio y usted supo convencer a cuatro estúpidos para que cometieran, el crimen, seduciéndolos con la idea de que podrían comprar sus tierras a *miss* Pitt y luego revender con un enorme beneficio. Pero ignoraban que Jerry tenía un hermano…

Dormond sacó una pistola.

—Terminaré de cavar la tumba y usted se reunirá con Jerry —dijo—. El mayordomo Barnes desaparecerá y nadie sabrá jamás qué fue de él. *Miss* Pitt se quedará sin herederos directos y mi hermana y yo ya nos arreglaremos para conseguir ser sus herederos efectivos.

Barnes no se inmutó.

—¿Otro asesinato, Gordon?

Dolly lanzó una exclamación de rabia.

—¡Mátalo, Gordon, mátalo! —aulló—. Estamos lejos de la casa y nadie oirá las detonaciones…

De pronto, una especie de niebla, muy poco densa, formó remolinos en aquel lugar. Dormond apretó el gatillo, pero el tiro no salió.

—Maldita sea, ¿qué diablos le pasa a esta pistola?

Barnes saltó sobre él y lo derribó de un puñetazo. La pistola voló por los aires y cayó a unos metros de distancia.

Dormond reaccionó y, levantándose, agarró una pala y se dispuso a descargarla sobre la cabeza del joven. En aquel instante, sonó una voz:

—¡Deténgase! ¡Alto a la Policía!

Barnes se quedó estupefacto. Dormond se inmovilizó, con la pala en alto. El sargento Hancock y un par de agentes más surgieron del otro lado del seto.

—Señor Dormond, queda arrestado bajo la acusación de homicidio, cometido en la persona de Ed Foley —anunció solemnemente—. Puede permanecer callado, pero si habla, lo que diga puede ser utilizado contra usted en el juicio.

Dormond tenía la boca abierta.

—Dejé a Foley con vida… —dijo aturdidamente.

—Es posible, pero también cerró la puerta por fuera, para que no pudiera salir, después de haber puesto en funcionamiento la máquina que producía el gas cianhídrico.

—¡Yo no lo hice! —aulló Dormond.

—Sus huellas aparecen en distintos puntos del cobertizo, pero, sobre todo, en los dos pomos de la puerta, el interior y el exterior —dijo Hancock sin inmutarse.

El asombro de Barnes no era menor. Entonces, se dijo, la muerte de Foley no había sido un accidente…

Repentinamente, Dormond pareció perder la razón. Arrojó la pala contra el sargento, quien tuvo que echarse a un lado, para evitar recibir daños, y luego se abalanzó sobre su pistola.

—¡Deje el arma! —gritó uno de los policías.

Dormond estaba como loco. Agarró el arma y se volvió.

—No me detendrán… —babeó.

Apretó el gatillo y, en el mismo instante, Hancock usó su revólver.

* * *

Los otros dos policías se habían llevado a Dolly, que se hallaba en un estado de estupor absoluto, ajena por completo a cuanto sucedía a su alrededor. Hancock se puso unos guantes y examinó la pistola con gesto de preocupación.

—No tiene puesto el seguro y los cartuchos se hallan en

perfectas condiciones —murmuró—. Entonces, ¿por qué no salieron las balas?

Barnes sintió en aquel momento el contacto de una mano en la suya. Apretó suavemente la mano de Joyce y luego hizo una pregunta al policía:

—Sargento, me devora la curiosidad —manifestó—. ¿Cómo han llegado ustedes tan oportunamente?

Hancock se quitó la gorra para rascarse la cabeza.

—Alguien nos avisó de que usted corría grave peligro —respondió—. Incluso nos indicó el lugar donde podríamos encontrarle, junto a la tumba del joven Jerry McDuff, a quien siempre habíamos dado por desaparecido…

—¿Quién fue esa persona, sargento?

—Pues… no lo había visto nunca, ni tampoco dio su nombre. Era un hombre joven, de unos treinta años, alto, muy delgado, con rostro enfermizo… Por cierto, vestía unas ropas enteramente pasadas de moda, de los años veinte, para ser más exactos. Tenía la cara muy pálida, tanto que comenté con uno de mis subordinados que parecía un difunto… Barnes se volvió hacia la muchacha. Joyce sintió un escalofrío.

—Gracias, sargento —dijo el joven—. Estaremos en el Cottage, por si nos necesita. Mañana iré a ver al juez, para que nos permita exhumar los restos de Jerry y trasladarlos a una digna sepultura.

—Sí, señor, es una buena idea —aprobó Hancock.

Barnes y la muchacha emprendieron el regreso, con las manos unidas.

—Joyce, ¿has oído al sargento? —dijo él, pasado un buen rato.

—Sí, Austin. Y estoy pensando… seguramente, en lo mismo que piensas tú.

—Exacto. Fue Francis el que avisó a Hancock de algo que no había sucedido, pero que podía suceder y que él sabía ocurriría, en parte, naturalmente. Y también fue Francis el que agarrotó los mecanismos de la pistola, impidiendo así que salieran los disparos.

—Ya no me cabe la menor duda, Austin. ¿Fue también Francis el que causó las otras muertes?

—¿Puedes dudarlo, después de todo lo que hemos visto y oído?

Ella suspiró.

—No, no lo dudo, pero no lo comentaré jamás con nadie, porque

no me creerían.

—Es lo mejor que puedes hacer —convino él.

De pronto, se echó a reír.

—Joyce, ni tú eres una criada ni yo soy el mayordomo. ¿Qué piensas hacer ahora?

—En primer lugar, diré a mi padre que se olvide de Oaks Meadow. Después, me despediré de *miss* Pitt, con harto sentimiento, porque he llegado a quererla muchísimo. Y en tercer lugar… bueno, tú también tienes algo que decir, me parece.

—Sí, pero lo sabrás cuando estemos junto a *miss* Pitt.

* * *

—Te calé en seguida, Austin —dijo la anciana—. No puedes negar el parecido de familia y aunque no eres gemelo del pobre Jerry, la semejanza es asombrosa.

—Sin embargo, no dijo nada.

—Esperar y ver, la táctica peculiar británica —contestó Arabella maliciosamente—. Todo está resuelto ya, supongo.

—Sí, señora, excepto una cosa. Joyce no es una sirvienta, sino la hija de un importante hombre de negocios, que quería comprar Oaks Meadow. Pero no habrá tal venta; la propiedad seguirá así siempre.

—No podía permitir que una horrible fábrica manchara este maravilloso paisaje. ¿Lo has comprendido, Joyce?

—Sí, señora.

—Llámame abuela, muchacha.

Joyce respingó.

—Señora…

—Te vas a casar con mi nieto Austin, ¿verdad?

—Él no me lo ha pedido todavía señora.

—¿Austin? —dijo Arabella.

—Pienso hacerlo en seguida —sonrió el joven.

—Me gusta mi futura nieta —manifestó *miss* Pitt—. Supongo, muchacha, que tu padre no pondrá objeciones a que te cases con el hijo del hijo de una soltera, ¿verdad?

—A mí no me importa en absoluto ese detalle —contestó Joyce.

Arabella se recostó en el sillón y se puso una mano sobre los ojos.

—Empiezo a sentirme cansada —murmuró—. Presiento que pronto me reuniré con Francis… aunque no será hoy, desde luego. A Francis no le importará esperar un poco más, sobre todo, ahora que sabe que las cosas han cambiado radicalmente y que puedo dormir tranquila.

De pronto, miró a los dos jóvenes y sonrió.

—Vosotros no creéis en Francis, ¿verdad?

Joyce se inclinó y tomó una de las manos de la anciana.

—*Miss* Pitt, todo se lo debemos a Francis —dijo, conmovida.

Arabella sonrió ligeramente.

—No sé por qué, pero me siento joven, como cuando Francis y yo paseábamos por el campo, con las manos juntas… Os veo a vosotros y me parece revivir aquella época maravillosa…

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Lulú tocó con los nudillos en la puerta y apareció en el umbral:

—*Miss* Pitt, el antiguo mayordomo y la otra doncella aguardan en el vestíbulo. Dicen que ya les permiten volver…

Arabella alzó las cejas, sorprendida.

—Se despidieron poco, menos que ignominiosamente —exclamó.

Barnes sonrió.

—Fui yo —dijo—. Les convencí para que dejaran el puesto libre algún tiempo, pagándoles el salario, por supuesto. Así, no te quedó otro remedio que poner un anuncio en los periódicos.

—Y tú viniste a ocupar el lugar del otro mayordomo.

—Tenía que hacerlo —contestó el joven.

—Pero no sabías quién ocuparía el lugar de la otra doncella.

Barnes miró a la muchacha. Joyce se puso colorada.

—Yo también leí el anuncio, pero ignoraba…

—Abuela, si sólo se hubiera despedido el mayordomo, tú, quizás, no habrías puesto el anuncio. Pero perdías a la mitad de la servidumbre y necesitabas que los puestos fuesen ocupados lo antes posible.

—Sí, lo hiciste bien. —Arabella agitó una mano—. Lulú, dígales que ya pueden empezar a trabajar.

Lulú hizo una genuflexión.

—Sí, señora.

Miss Pitt se volvió luego hacia los dos jóvenes.

—¿Qué hacéis aquí parados? —exclamó con fingida aspereza—. El tiempo es estupendo… ¿Por qué no vais a dar un paseo?

Barnes se volvió hacia Joyce y sonrió.

—Es una idea excelente, ¿no te parece? Y, además, podemos hablar de muchas cosas, entre ellas, del disgusto que se va a llevar el señor St. Swithin, cuando sepa que no puede comprar Oaks Meadow.

—Ese mismo disgusto quedará compensado por otra noticia, Austin —contestó Joyce maliciosamente.

Unieron las manos y salieron de la estancia. Detrás de ellos, sonó la voz de *miss* Pitt:

—Una pareja estupenda, ¿verdad, Francis?

FIN